LOS POLVOS

DE LA

MADRE CELESTINA,

COMEDIA DE MÁGIA EN TRES ACTOS,

ACOMODADA DEL TEATRO FRANCÉS AL NUESTRO

POR

D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

Noviembre, 1840.

PERSONAS.

D. JUNÍPERO MASTRANZOS.
MAESE NICODEMUS CHIRINELA.
CELESTINA.
LA LOCURA.
D. GARCIA VERDOLAGA.
TERESA.
CIGARRON.
ESPARAVAN.
UN MOZO DE POSADA.
UN PORTERO.
UN CARBONERO.
CUATRO LAVANDERÁS.
DOS ESTUDIANTES.
DOS MOZOS DE SILLA.
DOS GIGANTAS.
DOS ENANAS.
UN NIÑO.

Damas y caballeros, escuderos y pages, soldados, alguaciles, carboneros, muchachos, estudiantes, lavanderas, locos y locas, penitentes, mozos, pueblo, sátiros, chinos, enanos, &c. &c. &c.

La accion principia en Madrid y concluye cerca de Huesca, y pasa á fines del siglo XVII.

ACTO PRIMERO.

Botica con dos puertas á los costados, y dos ventanas en el fondo para despachar.—Una mesa, un mortero grande, un sillon, &c.

ESCENA PRIMERA.

MAESE NICODEMUS. ESPARAVAN. PARROQUIANOS DE LA BOTICA, *á las dos ventanas del fondo.*

Parroquiano 1.º Maese Nicodemus.
2.º Señor Chirinela.
3.º Maese Nicodemus Chirinela.
Todos los parroquianos. Mi receta pronto.
Nicodemus. Ya voy. Esparavan, despacha.
Esparavan. Voy, maese.
Parroquianos. Mi receta, mi receta.
Nicodemus. Callen, y aguarden vez. ¿Quién está primero?
Todos. Yo, yo, yo.
Nicodemus. Tengan flema; que no faltará á los enfèrmos una hora en que morirse. ¿Para quién es el caldo de vívoras?
1.º Para mí. (*Nicodemus y Esparavan van y vienen de la mesa á la ventana.*)
Nicodemus. Tome y escape. (*Mirando una receta.*) A ver ¿qué es esto? «Bálsamo del cura de Tembleque.»
Una muger. Yo soy.
Nicodemus. ¿Usarced es el cura, hermosa? Servidor de su reverencia.
Esparavan. Licor de guijarros.
2.º Venga.
Nicodemus. ¿Y el emplasto con manjar de los dioses?
3.º Acá. ¡Huf! Maese Nicodemus, esto huele á demonios: ese nombre es pulla.

Nicodemus. Es antífrasis, señor mio: por eso le llaman á vusted pelon, en lugar de pelado. ¡Oh! ¿quién asoma por allí? Esparavan, sirve tú á esa gente. (*Esparavan despacha á los parroquianos, y se retiran.*)

ESCENA II.

CELESTINA.— DICHOS.

Nicodemus. ¿Qué os trae á mi casa desde Mahudes, madre Celestina?

Celestina. Vengo á Madrid para daros un aviso.

Nicodemus. Desde luego digo que será muy importante. Siempre que me habeis visitado, me habeis traido noticias muy lisonjeras. La última vez me pronosticásteis que mi muger se moriria en veinte y cuatro horas. ¡Qué miedo tuve de que os dejara por embustera!

Celestina. Yo no me equivoco nunca, señor Nicodemus.

Nicodemus. Aun por eso dicen malas lenguas que sois... ¡Disparate como él! Porque teneis en vuestro sótano untos y redomas, ¡por fuerza habeis de ser bruja! Untos y redomas tengo yo, y soy boticario.

Celestina. Y no teneis nada de hechicero.

Nicodemus. ¡Ay! Si yo hubiera conseguido levigar vuestro desden en el pórfido de mi rendimiento... Puestos en confraguacion nuestros corazones, hubieran producido el operato mas prodigioso de la nupcial farmacopea. Pero vuestro labio siempre se negó á hacer por mí un gargarismo con agua de magnanimidad.

Celestina. Os lo he dicho repetidas veces, amigo Chirinela: si he de casarme, ha de ser con un joven.

Nicodemus. Un joven, un joven... No debeis olvidar que vuestra fecha es ya muy respetable.

Celestina. Pues aunque parezco muger de dias, no se me conocen mis años.

Nicodemus. Viviréis de cada uno sola una estacion,

pero siempre será la del invierno. En fin, ¿qué venís á decirme?

Celestina. Que Teresita Loreto, la mística de vuestra cuñada, ya tiene novio.

Nicodemus. Como que se le he propuesto yo. Si es don Junípero Mastranzos, un ricote de Fuentidueña.

Celestina. Es don Garcia Verdolaga, un poeta de buhardilla.

Nicodemus. ¡Don Garcia, nuestro vecino! ¡Un coplero! ¡un pelgar! Pues amiga, esa boda no la he dispuesto yo, ni la consentiré nunca.

Celestina. Asi tratan de pasarse sin vuestro consentimiento.

Nicodemus. ¿De dónde lo sabeis?

Celestina. De esta carta que he cogido al criado de don Garcia. (*Da un papel á Nicodemus.*)

Nicodemus. ¡Qué escándalo! Me dejais hecho una mano de almirez, señora Celestina. ¡Atreverse á escribir una carta de amores á una chicuela á quien educaba yo para monja por darle un dote corto, y á quien caso por no darle ninguno!

Celestina. ¿Qué quereis? Los poetas con el salvo conducto de no sé qué Horacio ó Curiacio se atreven á todo.

Nicodemus. ¡Oh! Pues aqui es preciso tomar una medida astringente, á despecho de la autoridad horaciana. (*Llamando.*) Digo, Teresita, Loretito. Teresa.

Teresa. (*Dentro.*) Hermanito.

Nicodemus. Sal corriendo.

Celestina. Yo me retiro á esa pieza inmediata, porque no gusto de intervenir en asuntos domésticos. (*Vase.*)

ESCENA III.

TERESA.—NICODEMUS. ESPARAVAN. *Despues*, D. JUNÍPERO.

Nicodemus. Digo, niña, ¿conoce vusted esta carta?

Teresa. Sí, cuñadito de mi vida, es para mí.

Nicodemus. ¿Para tí? ¡Desenvuelta! ¡desvergonza-

da! (*Sale don Junípero.*) ¡Oh señor don Junípero! ¡cuánto me alegro de veros por aquí!

Junípero. ¡Cuánto me alegro de veros! Entre paréntesis, tengan muy buenas tardes vuesas mercedes. ¡Cuánto me alegro de veros! acabais de decirme. Pues es que todo el mundo hace otro tanto. «Celebro que esteis con salud, guarde Dios vuestra vida.» Mi persona escita un interes general donde quiera que me presento.

Nicodemus. Hoy os presentais muy á tiempo en mi casa.

Junípero. ¿A tiempo acaso de que Teresita diga que me quiere?

Teresa. No, señor don Junípero de mi alma.

Nicodemus. No precisamente; pero en cambio he descubierto que se deja querer de otro.

Junípero. El descubrimiento no es tan plausible como el de las Indias; pero no pasando de ahi...

Teresa. Pasa, señor don Junípero de mis ojos.

Junípero. ¿Pasa, eh? Pues eso no lo dejo yo pasar así como quiera.

Nicodemus. Se ha propasado en efecto nuestro vecino don Garcia Verdolaga...

Junípero. ¿El que puso en seguidillas la regla de San Benito? ¡Dios mio! ¿A qué?

Nicodemus. A escribir á Teresa esta carta ininteligible. ¿Conoceis vos esa algarabía? (*Dá la carta á don Junípero*)

Junípero. (*Mirándola.*) K, 8, 2, Q... ¿Quién descifra esto?

Teresa. Yo, si gustais.

Nicodemus. A ver.

Teresa. Dad acá. Es un billetito en verso.

Nicodemus. Cosa de poetas.

Teresa. Una octava real.

Junípero. Lo de reales, creia yo que entre poetas era desconocido.

Teresa. Dice así: (*Lee.*)

Ya, Teresa, que el bárbaro cruel
que robarte pretende tu caudal...

Junípero. Parece una alusion á vuestra persona, maese Nicodemus.

Teresa. *Dá tu mano al estúpido rival...*
Nicodemus. Eso va con vos, amigo don Junípero.
Teresa. *Dá tu mano al estúpido rival*
que entre mis uñas dejará la piel...
Junípero. (*Aparte.*) ¡San Bartolomé bendito!
Teresa. *Huye por el postigo del corral,*
y espera á media noche á tu doncel,
que llevará contra cualquier gandul
seis jayanes con trancas de abedul.

No escribe mas. (*Nicodemus quita á Teresa la carta, y la deja despues encima de la mesa. Esparavan hace de ella un cucurucho.*)

Junípero. ¿Y os parece poco? Vos ¿qué decis á eso?

Teresa. ¿A qué?

Junípero. A lo de la piel y los abedules.

Teresa. Que me parecen consonantes de muy buen efecto.

Junípero. ¡Oh! pues á mí me suenan malísimamente.

Teresa. Eso va en gustos: con todo, el vuestro y el mio pudieran ponerse en armonía.

Junípero. Armonicémonos.

Teresa. A favor de un temperamento...

Junípero. Atemperémonos en buen hora.

Teresa. El señor don Junípero Mastranzos parece que quiere casarse conmigo.

Junípero. Si me teneis enamorado como una bestia.

Nicodemus. Propiamente.

Junípero. Por eso he puesto á vuestras plantas mi corazon, hacienda y blasones.

Teresa. Pues bien: yo acepto sin dificultad la hacienda por no desairaros; pero la mano y el corazon me honran mucho para que deje de...

Junípero. ¿De admitirlos tambien?

Teresa. De renunciar á ellos.

Junípero. Si fuera caviloso, sospecharia que me ibais á dar calabazas.

Teresa. Antes os invito á que me las deis á mí. Quiero ofrecer á Dios esta mortificacion.

Junípero. ¿No es mas fácil que os mortifiqueis siendo mi muger? Yo os aseguro que no os faltaria penitencia conmigo.

Teresa. No me cabe duda; pero el que mas y el que

menos quiere penitenciarse conforme á su voluntad.

Nicodemus. Tu voluntad supone aqui tanto como un escrúpulo de azucar en cien libras de agua. Yo soy tu tutor, y fui marido de tu hermana, y quiero y ordeno que te cases con el señor. Obedece, ó sufrirás los terribles efectos de una cólera farmacéutica en sublimacion compuesta con la de tutor y cuñado.

Teresa. Sea todo por Dios.

Nicodemus. Es que irás al instante á un convento. *Efficietur dilúculo*, como receta para el que se va por la posta.

Teresa. Sea por la Virgen santísima.

Nicodemus. Te sepultaré entre cuatro paredes en Santa Teresa.

Teresa. Sea por mi santa patrona.

Nicodemus. Sea por don Garcia, es lo que debes decir.

Teresa. No me gusta desmentir á nadie.

Nicodemus. Ni á mí tolerar que se ria en mis barbas una mocosa. Esparavan, la gorra y la capa. Ahora mismo voy á llevarte.

Junípero. Poco á poco: yo espero de la docilidad de Loretito, de su amabilidad, de su disciplinabilidad...

Teresa. Sí señor, esperen vuesas mercedes de mí lo que quieran, siempre que manden lo que quiera yo.

Junípero. En tal caso, no dilatemos el darla esta prueba de nuestro cariño.

Teresa. ¿Cuál? ¿La de encerrarme?

Junípero. Justamente: mi coche está á la puerta; tendré el honor de acompañaros en él al convento.

Nicodemus. Vamos.

Junípero. Me lisonjeo, ídolo mio, de que en la soledad del claustro conocereis que enamorado yo de vos tan á machamartillo, y convencido á la par de que soy el esposo único que os conviene, está en el orden que coadyuve á que se pongan en práctica todos los medios coercitivos posibles para haceros dichosa á fuerza de haceros penar.

Nicodemus. Bien puedes olvidarte de don Garcia, porque no volverás á verle.

Teresa. Tampoco veré al señor Mastranzos; váyase lo uno por lo otro.

Nicodemus. Esparavan, si se descuelga por aqui don Garcia, échale á palos. Andando, niña.

Junípero. (*Presentando la mano á Teresa.*) Tenga yo la dicha de sentir la pulsacion de vuestra hermosa mano.

Teresa. Tomad, sentidla. (*Le da un bofeton.*)

Nicodemus. ¿Qué ha sido eso, bellaca?

Junípero. Eh, un bofetoncillo casero, que no vale la pena. Vamos al coche. (*Vanse Teresa, don Junípero y Nicodemus.*)

ESCENA IV.

ESPARAVAN.

«Si se descuelga por aqui, échale á palos.» Sus dificultades tendrá el negocio. Los palos pudieran recaer sobre mis costillas facilísimamente; pero la obligacion de un mancebo es consagrar á su principal todo su individuo, sin distincion entre brazos y espaldas. Para eso nos alimentan de sobras, nos visten de deshechos y se guardan el dinero que les ganamos. Pero aqui viene por su pie don Garcia, sin haberse descolgado de parte alguna: el encargo del maese resulta nulo.

ESCENA V.

D. GARCIA.—ESPARAVAN.

Garcia. Esparavan, ¿es Teresa la que ha salido de aqui hace un momento? ¿La que va con el maese en un coche?

Esparavan. La misma, señor don Garcia.

Garcia. ¿Y quién es el que ha subido con ellos?

Esparavan. Don Junipero Mastranzos.

Garcia. (*Aparte.*) ¡Cielos! ¡Mi rival!

Esparavan. ¿No le conoceis?

Garcia. ¿Quién no conoce por su pinta que no puede menos de ser algun majadero?

Esparavan. ¿Cómo majadero? Es un hombre riquísimo.

Garcia. ¿Y eso qué le hace?

Esparavan. Hace que se case con Teresita.

Garcia. ¿Cuándo?

Esparavan. Yo no sé; pero ellos van á una diligencia concerniente á la boda.

Garcia. ¿Es posible? ¿Van á la vicaría?

Esparavan. (*Aparte.* Disimulemos.) Yo estoy en que tratan de verse con el vicario. (*Aparte.*) Vicario tendrán las monjas tambien.

Garcia. ¿Teresa infiel? ¡Oh! no lo creo.

Esparavan. ¿Quereis una prueba del caso que hace de vos? Mirad vuestra carta convertida en un cucurucho.

Garcia. ¡Oh traicion! ¡Oh profanacion! ¡Mis conceptos sirviendo para envolver raiz de chirivía! ¡Pérfida, ingrata!

Esparavan. (*Aparte.*) Si se desesperase y se ahorcara, mi amo y el parnaso español se libraban de un estorbo.

Garcia. Soy perdido. Si á lo menos pudiera hablarla un instante...

Esparavan. Dificilillo será.

Garcia. ¿Con que la traidora trata ya de evitar mi presencia? ¡Y yo que no tengo medio ninguno para sacarla de aqui! Solo, sin recursos, sin un amigo...

Esparavan. ¿Y los seis jayanes de las trancas?

Garcia. Fue una invencion poética, un verso traido por la fuerza del consonante. No tengo mas que mi amor y mi infelicidad y mi rabia. Estoy desesperado.

Celestina. (*Asomándose á la puerta por donde se entró.*) Asi es como yo deseaba verte. (*Don Garcia se sienta abatido en un sillon.*) Oigámosle ahora. (*Sale y se acerca á don Garcia.*)

ESCENA VI.

CELESTINA.—D. GARCIA. ESPARAVAN.

Garcia. Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratais asi,
por qué culpa mereci
los males que estoy sufriendo.
Aunque si en mi bolsa emprendo
un registro indagador,
ya cesa vuestro rigor
de parecerme severo,
porque el no tener dinero
es el delito mayor.
Solo quisiera saber
qué requisito especial
hace en mí mas criminal
la culpa de no tener.
Logran hacerse querer
mil y mil con frenesí
sin soltar maravedí,
sin prenda notable alguna;
¿por qué diantre su fortuna
no me ha de alcanzar á mí?
Antójasele á un idiota
cualquier destino brillante,
y viénesele al instante
rodado como pelota;
otro que no entiende jota,
emprende determinado
un negocio aventurado,
y se hace de golpe rico;
¿es forzoso ser borrico
para ser afortunado?
A tal consideracion
en rabia y furor deshecho,
quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazon.
¿Hay, cielos, ley ni razon
para tan bárbara lid?
¿Porqué me negais, decid,

lo que conceder os veo
al mas pobre y al mas feo
y al mas tonto de Madrid?

Celestin. Con asombro de mirarte,
con admiracion de oirte,
me resuelvo á interrumpirte
con el fin de consolarte.

Garcia. Quite, buena vieja, aparte.

Celestin. Ya que tus males no ignoro,
quizá yo tu triste lloro
convierta en plácida suerte.
¿Qué es lo que quieres?

Garcia. La muerte.

Celestin. ¿Con qué vivieras?

Garcia. Con oro.

Celestin. Para que vivas, te doy
cuanto produce el Perú.

Garcia. ¿Quién eres para eso tú?

Celestin. Quien puede cumplirlo soy.

Garcia. Dudoso basta verlo estoy.

Celestin. Lo hará ver un talisman.

Garcia. ¿Cuál?

Celestin. Unos polvos serán.

Garcia. Y con ellos ¿qué he de hacer?

Celestin. Desear, hablar y oler,
y tu gusto cumplirán.

Garcia. Bien: ¿y qué se necesita
para gozar sus virtudes?

Celestin. Ir esta noche á Mahudes.

Garcia. Pues no faltaré á la cita.

Celestin. Esparavan.

Espara. Abuelita.

Celestin. Lo que esta receta ahi
(*Dándole un papel.*)
dice, mézclalo entre sí
para calcinarlo luego.

Espara. ¿Estas drogas? Si no hay fuego
con que las calcine aqui.

Celestin. Yo lo proporcionaré,
y toma cuatro doblones.

Espara. Con semejantes razones
¿quién resiste á vuesarcé?

Garcia. Cuando en Mahudes esté,
¿por qué persona pregunto?
Celestin. Di en tu cuarto á la una en punto:
« ¡Celestina! ¿Dónde estás?»
y á mi lado te verás.
Garcia. Bruja sois, segun barrunto.
Celestin. Para servirte, Garcia.
Garcia. Eh, vuestro poder es treta,
embuste.
Celestin. Señor poeta.
un poco de cortesía;
que de mágia y poesía
yo no sé quién miente mas.
Garcia. Por eso mismo hallarás
mis dudas menos estrañas:
donde se saben las mañas,
no hay confianza jamas.
Espara. Este es todo el ingrediente
que hay que calcinar.
Celestin. Primero
quebrántalo en el mortero.
Espara. Yo machacaré, corriente:
pero para hincarle el diente,
ya hay que darle firme, ya.
Celestin. El fuego te ayudará.
Ahi tienes.
(*Sale del mortero una llama que lo hace ascua. Esparavan se aparta, sacudiéndose la mano.*)
Espara. Acorte, hermano.
Celestin. Ahora saca con la mano
lo que haya dentro.
Espara. ¡Arre allá!
¿Para abrasarme? Ya baja.
Es mas limpio un cucharon.
(*Saca con un cucharon los polvos que hay en el mortero.*)
Apare.
Celestin. Los polvos son.
(*Saca una cajita, recibe en ella los polvos, y se la da á Garcia.*)
Échalos en esa caja.
Ten.

Garcia. Deseo de esta albaja
ver la virtud peregrina.
Celestin. Pues una prueba imagina
con la cual experimentes
los polvos omnipotentes
de la Madre Celestina.
Garcia. Enseñadme la manera...
Celestin. Lo que pretendas, lo dices;
lleva un polvo á las narices,
y lo ves hecho.
Garcia. Quisiera
que Esparavan no supiera
que me vuelvo nigromante.
Celestin. Quítatele de delante.
Habla con satisfaccion.
Garcia. Que se esconda en un cañon
de artilleria punzante.

(Garcia toma un polvo, y el mortero en el cual andaba maniobrando Esparavan, se convierte en una enorme geringa, dentro de la cual queda encerrado el mancebo.)

Espara. ¡Ay!
Garcia. ¡Magnífico!
Celestin. ¿Qué tal?
Garcia. Prodigioso es tu rapé.

ESCENA VII.

D. JUNÍPERO. NICODEMUS.—CELESTINA. D. GARCIA.

Nicod. *(Hablando con don Junípero á la puerta.)*
Luego que Teresa esté
un mes alli...
Garcia. *(Aparte.)* ¡Mi rival!
(Siéntase en un sillon que le oculta.)
Jun. Sí, parece natural
que triunfe mi amor al cabo,
pues con las damas, me alabo
de tener alguna suerte.
(Nicodemus se va á dejar la capa y la gorra.)
Garcia. *(Aparte.)* ¿Quién diablos ha de quererte?
Jun. Soy buen mozo...

Garcia. (*Haciendo uso de la caja de Celestina.*)
Eres un pavo.
(*Conviértese en pavo don Junipero.*)
Nicod. ¡Calla calla! No se cuela
en casa mal avechucho.
Os aqui, demonio.—Es mucho
abandono. (*A Celestina que se rie.*)
¡Y se rebela!
Yo te daré donde duela.
Os.
(*Echa á palos á don Junipero y sale tras él.*)
Celestin. ¿Negarás el poder
de mis polvos?
Garcia. Conocer
lo que pueden es preciso.
Celestin. A la una, te lo aviso,
cambiarlos es menester.
Garcia. A la una en tu guarida
esta noche nos veremos.
Celestin. Y un negocio trataremos
para mí de muerte ó vida.
Garcia. De mi bella fementida
me lleva el amor en pos.
He de hablarla.
Celestin. Hablad los dos;
mas ten, Garcia, entendido
que debes darla al olvido.
Garcia. ¿Por quién?
Celestin. Lo sabrás. A dios. (*Húndese.*)

ESCENA VIII.

D. GARCIA.

¡Cielo santo! ¿á qué propósito
lo dirá la nigromántica?
Pero no; desentendámonos
de semejante mecánica:
lo que importa es con la pérfida
tener un rato de plática. (*Toma un polvo.*)

Aparece la vista del convento de santa Teresa. Una taberna á un lado con un moro por muestra y un letrero que diga: taberna del Corsario Barbarroja: una mesa delante de la taberna.

ESCENA IX.

TERESA, *á una reja, debajo de la cual hay una lápida.*—D. GARCIA.

Garcia. ¡Qué miro! Me quedo atónito.
¿En un convento guardármela?
¿Si me engañó el farmacéutico?
¿Si es cuanto me dijo, trápala?
Bien hice en soplarle al pícaro
dentro de la bomba hidráulica.—
Teresa, mi bien, esplícame
una mutacion tan rápida.
¿Te refugias aqui huyéndome
para hacer vida monástica,
ó es que tu cuñado el cómitre
te oprime con mano bárbara?

Teresa. Vino á su poder tu epístola,
yo me quité la carátula,
y declaré á don Junípero
sin andarme con metáforas,
que no le aceptara cónyuge
aunque en la mano por dádiva
me pusiera el cetro antípoda
de la region magallánica.
Entonces ambos caníbales
poniendo su acuerdo en práctica,
trajéronme aqui, intimándome
que no saldré de esta cámara
donde el régimen dietético
habrá de ponerme diáfana,
mientras no pronuncie esplícita
el sí que repugna el ánima,
y suba al odioso tálamo

por voluntad, ó á la trágala.

Garcia. No encenderá ese cuadrúpedo
para tí nupciales lámparas;
romperá mi mano intrépida
sus mal digeridas cábalas,
y asegurará sus vínculos
nuestro cariño sin mácula.
Ya soy rico.

Teresa. ¿En qué? ¿En imágenes
para alguna obra fantástica?

Garcia. En oro.

Teresa. ¿Es verdad?

Garcia. Escúchame.

Teresa. Dí, que me dejas estática.
¿Has heredado en América
de algun opulento sátrapa
que hizo doblones sin número
merced á sus uñas de águila?

Garcia. (*Aparte.* Una mentirilla próvida
será aqui muy diplomática.)
Sí, mi bien.

Teresa. ¿Hablas verídico?
Ten de tu Teresa lástima;
pues aunque viste á lo hipócrita,
no gusta de la farándula.

Garcia. ¿Quieres una prueba auténtica?

Teresa. Sí tal.

Garcia. El dinero, es máxima
que todo lo puede.

Teresa. Dícenlo.

Garcia. Pues bueno: su fuerza mágica
va á facilitarme el tránsito
hasta tu aposento.

Teresa. ¡Cáspita!
¿Y eso cuándo?

Garcia. Ahora mismísimo.

Teresa. ¿Ahora? ¡Noticia plácida!
¿Tienes ya la llave?

Garcia. Téngola.
Hoy dejarás la camándula,
y la correa y el hábito,
que has llevado desde párvula,

y la diadema de prónuba
lucirá en tu frente cándida.

Teresa. Te estoy escuchando incrédula,
y vierto de gozo lágrimas.
Ven, Garcia.

Garcia. Voy. Retírate.
(*Quítase Teresa de la ventana.*)
Conviértete en puerta, lápida.

(*Abrese una puerta en el muro y éntrase por ella Garcia.*)

ESCENA X.

D. JUNÍPERO. NICODEMUS. CIGARRON. ALGUACILES.

Junipero. No dudeis, señor Cigarron, que el lance pasó ni mas ni menos, como lo he contado.

Cigarron. ¿Dudar? Un familiar de la inquisicion cree á puño cerrado cuanto mal le digan del prójimo. Que me dijeran ahora mismo de voacedes que el uno era judío y el otro herege; daria entera fe al acusador, y les echaria á voacedes el guante como se lo echaré al señor Verdolaga, siempre y cuando que se deje pillar.

Nicodemus. De eso se trata. El vendrá por aqui á rondar á Teresa.

Junipero. Y nosotros venimos á rondarle á él. Yo solo basto para una legion de brujos, eso es claro; por lo mismo traigo á usarcedes en mi defensa (digo, en mi compañia) para que sean testigos de que mi corage no es como el de un pavo, cháchara todo.

Cigarron. Mi gente se colocará en emboscada en la taberna. Adentro, chicos, esperad bebiendo á la salud de este caballero.

Junipero. Sí, hijos, bebed á mi salud, (*Señalando á Nicodemus.*) que el señor paga. Eh, mocito, (*A uno de los alguaciles que entran en la taberna.*) que me saquen á mí tambien para refrescar la garganta. (*Un mozo de la taberna sale poco despues y pone una botella y un vaso en la mesa que hay á la puerta.*)

Nicodemus. Pues, amigo don Junipero, ya que afortunadamente se os ve desplumado, creed que si hubierais conservado la forma facticia, no hubiera yo faltado á la obligacion de hombre de bien. En mi gallinero hubiérais tenido un asiento de preferencia, y se hubieran guardado con vos todas las atenciones debidas á la hidalguía y á la desgracia: eso sí, no hubiera podido casaros con Teresita, en atencion á la incompatibilidad de humores. Pero verificada ya vuestra restauracion física, nada se opone...

Junipero. Os doy las gracias... (*El moro de la muestra baja y se bebe el vaso de vino que habrá vertido don Junipero.*) ¡Qué diablos! El vaso está vacío.

Nicodemus. Señal de que no lo habeis llenado.

Junipero. Señal de que alguno se ha bebido el vino. Vuélvole á henchir. (*Lo hace.*) Decia, pues, que os daba mil gracias por vuestra decision en favor de mi boda, la cual es preciso que se verifique sin pérdida de tiempo, porque al fin solo nos falta para ella el consentimiento de la novia. La chica ha dado en la flaqueza de aborrecerme y de prendarse de otro, con quien espera casarse; pero quemado vivo que sea este otro, de seguro perderá Teresita las esperanzas de ser su muger. Y lo que es el prender al dichoso rival, me parece una cosa tan facil como echarme este trago al coleto. (*El moro baja y se bebe el vino.*) ¡Canario, que me lo ha escamoteado el Barbarroja de la muestra!

Nicodemus. Hombre, no calumnieis á los pobres moros, que no beben vino.

Junipero. Los de carne y hueso puede que no; pero los de madera, es indudable. Señor Chirinela, por aqui anda nuestro poeta brujo. (*Salen del convento don García y Teresa.*) Miento, que donde anda es alli. Mirad por donde asoma.

Nicodemus. ¡Y con Teresa! ¡Oh traicion!

Junipero. Decidle que aguarde mientras aviso á los alguaciles. (*Entra en la taberna.*)

ESCENA XI.

TERESA *y* GARCIA, *por un lado.* D. JUNÍPERO, CIGARRON *y los* ALGUACILES *por otro.*—NICODEMUS.

Nicodemus. ¿A dónde vais, perdidos?

Garcia. A Mahudes á pasear: si gustais, venid con nosotros.

Junipero. Atajad esa boca-calle; prendedlos.

Teresa. Sálvate, Garcia, vuelve al convento.

Garcia. Sígueme y no temas. (*Adelantándose hácia don Junipero.*) Mide tú la espada conmigo, cobarde.

Junipero. (*Huyendo.*) No hay que correr, señores, que es uno solo.

Garcia. Paso, canallas, paso.

Nicodemus. Favor á la farmacia.

Cigarron. Favor á la inquisicion. (*Don Garcia y Teresa suben á la mesa de la taberna que se convierte en un carro elegante tirado por genios; los alguaciles se trasforman en volantes, y echan á palos á don Junipero, á Nicodemus y á Cigarron.*)

Alguaciles. Paso, paso: á la espalda, á la espalda.

Campo de Mahudes: á la derecha un poste con un letrero en una tablilla; en el telon del foro un pueblo arruinado, y delante una pared.

ESCENA XII.

CELESTINA. ESPARAVAN, *con escopeta.*

Celestina. Ya estás en Mahudes de sobra. Dale ese recado al maese.

Esparavan. Yo se le daré, pero no me creerá.

Celestina. ¿Tan buena opinion tiene de ti?

Esparavan. No tal: yo no miento nunca sino cuando despacho, porque eso es de cajon; pero me

decis unas cosas tan raras... Vengo á avisaros de parte de maese Nicodemus que el señor Verdolaga se ha metido á brujo, y me respondeis: «Sea enhorabuena.—Que me han puesto por taco de una culebrina de hoja de lata. — Muy bien hecho. — Que á don Junipero le han incorporado al regimiento de Pavia : — Perfectamente.» ¿Cómo ha de persuadirse él que una amiga como vos se esplique de este modo?

Celestina. Este arcano está fuera del alcance de un manipulador de redomas. Vete, y haz lo que te he dicho.

Esparavan. ¿Con que ireis mañana por casa?

Celestina. Muy temprano.

Esparavan. Pues hasta mañana. (*Aparte.*) El diablo que la entienda, que es el único que puede entender á los suyos. (*Vase.*)

Celestina. Los amantes vienen aqui : quiero dejarles que se entreguen á sus ilusiones de dicha por un instante, ya que será el postrero. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

D. GARCIA. TERESA.

Garcia. En este despoblado no nos perseguirán.

Teresa. ¿Qué seguridad nos ofrece? Estamos á las puertas de Madrid.

Garcia. Aqui tiene su habitacion la célebre maga Celestina, y como egerce su facultad con real privilegio, lo mismo que don Juan de Espina, nuestro paisano, nadie se atreverá con nosotros, hallándonos bajo su proteccion.

Teresa. Bien estraño es por cierto que nos favorezca, siendo paniaguada de mi cuñado.

Garcia. El amor siempre halla valedores, y los boticarios nunca están libres de enemigos. ¿Quieres que tomemos algun refrigerio?

Teresa. Con mucho gusto, porque la amenaza de ponerme en el convento á pan y agua es un aperitivo de primer órden; pero ¿dónde hallaremos quien nos sirva?

Garcia. Allí. (*Toma un polvo, se abre la pared y se ve un cenador con una mesa aparada.*)

Teresa. ¡Qué maravilla! Vaya, pues entremos. (*Los amantes entran en el cenador y la pared se cierra.*)

ESCENA XIV.

D. JUNIPERO. NICODEMUS. CIGARRON. ESPARAVAN. *Todos con escopetas.*

Junipero. Sí, señor; ya que los alguaciles han vuelto casaca, nosotros cuatro daremos el golpe de estado: el refuerzo de Esparavan nos llega muy á propósito.

Nicodemus. ¿Y cuál es vuestra receta, digo, vuestra opinion?

Junipero. Mi opinion es que nos apoderemos cuanto antes de los fugitivos, porque cuanto mas los dejemos correr, tanto mas lejos se irán de nosotros.

Nicodemus. Sábiamente discurrido. ¿Y cómo y dónde hemos de atraparlos?

Junipero. ¿Dónde? En su carricoche, si van en él. ¿Cómo? Parándole, si anda.

Nicodemus. Yo, la verdad, no habia pensado en esos pormenores.

Junipero Si han de venir á Mahudes, será por un camino; si han de ocultarse de nosotros, será en alguna casa. Ahora bien, ¿qué casas hay en Mahudes?

Esparavan. En pie creo que no existe mas que el meson de la Madre Celestina.

Junipero. ¿Y dónde está el meson? Yo no he viajado hasta ahora sino via recta desde Fuentidueña á Madrid.

Nicodemus. Ni yo mas que desde mi casa á San Blas.

Cigarron. Ni yo mas que desde la inquisicion hasta el quemadero.

Junipero. Condúcenos tú que has hablado con Celestina.

Esparavan. Yo la he hablado en este sitio.

Junipero. ¡Voto á sanes! Pero si tenemos aquí (*señalando al poste*) un guia fiel que nos saque de apuros. Vean vuesas mercedes. (*Leyendo.*) «A la vuelta del cerrillo, está el ventorrillo.» Desde luego hay que guardar este paso, por si vienen por aquí. (*La tablilla del poste se muda al lado opuesto.*)

Nicodemus. No señor; en tal caso vendrán por allá. Leed: «á la vuelta del cerrillo, está el ventorrillo.»

Junipero. ¡Y es verdad! Yo lo habia entendido al contrario. Pues como iba diciendo... (*La tablilla cambia.*) Pero, no señor, yo lo habia entendido perfectamente: ahí está. (*Vuelve á cambiar la tablilla.*)

Nicodemus. ¿Qué ha de estar, pecador de mí? La tablilla señala este lado.

Junipero. Está visto que no sé cual es mi mano derecha. Maese Nicodemus, vos y Esparavan os apostareis en este camino, yo me quedaré aquí, y el señor Cigarron me servirá por este otro punto de centinela avanzada. Cada cual á su puesto, y en avistando á los tránsfugas, un aviso, y acudimos todos.

Nicodemus. Vamos. (*Vanse Nicodemus, Esparavan y Cigarron.*)

ESCENA XV.

D. JUNIPERO, *y luego* D. GARCIA *y* TERESA.

Junipero. No me parece que he escogido la peor posicion: aquí estoy defendido por ambos flancos. (*Dejando la escopeta apoyada en el poste de la tablilla.*) Bien me hubiera llegado al meson para dar un consuelo al estómago; pero allí tal vez podia verme en un compromiso. Por los prófugos, no por mí: yo no los tengo miedo; ellos sí que lo tienen, puesto que huyen. Me hubiera venido de perilla un vaso de clarete. (*Abrese el muro y aparecen don Garcia y Teresa comiendo.*)

Garcia. ¿Usarcé gusta? (*Le tira un vaso de vino.*)

Junipero. ¡Eh! no hay que mancharme el vestido nuevo.

Teresa. Siquiera un platito de dulce de calabaza.

Garcia. Le vendrá á usarcé muy al caso.

Junipero. Señor mio, de Teresita sufriré cualquier chanzoneta; pero de vos, de ningun modo. Usad un lenguaje conveniente á vuestra situacion: mi numeroso ejército os tiene bloqueados, y no os queda otro arbitrio que capitular. No me obligueis á que ponga en juego la última razon de los reyes, la pólvora y las balas. (*Cuando va á coger la escopeta, el poste la dispara, y don Junipero cae al suelo: la abertura de la pared se cierra.*) ¡Vírgen de la Almudena! ¿Me habrá herido? Creo que no; pero por lo menos me ha muerto.

ESCENA XVI.

NICODEMUS. ESPARAVAN. CIGARRON.—D. JUNIPERO.

Nicodemus. ¿Ocurre algo?

Junipero. Sí.

Esparavan. ¿Los habeis visto?

Junipero. Sí.

Cigarron. ¿Cómo?

Junipero. Comiendo.

Nicodemus. ¿Dónde?

Junipero. En el cenador.

Nicodemus. ¿En qué cenador?

Junipero. Allí: detrás de la pared. Yo queria hacer á vustedes una seña disimulada para que vinieran...

Nicodemus. ¿Y habeis disparado un tiro? No cabe mayor disimulo.

Junipero. Si no he sido yo quien ha disparado.

Nicodemus. ¿Pues quién fué?

Junipero. Ese poste.

Nicodemus. Hombre, por Dios.

Esparavan. Por la vírgen del Cármen.

Cigarron. Por Santo Domingo el inquisidor.

Junipero. Por toda la corte celestial, crean vuesas mercedes que esa viga es un recluta disfrazado

de alcornoque. ¿No vieron antes como giraba á derecha y á izquierda?

Nicodemus. Vos delirais.

Junipero. ¿Que deliro? Dádme la escopeta, amigo Cigarron. Voy á batir esa pared, y verán usarcedes como están ahí dentro García y Teresa: ellos dirán lo que ha pasado. (*Dispara y se abren en la pared cuatro agujeros grandes.*) ¡Guapo! Ya tenemos brecha abierta: cada cual penetre por su boqueron, y demos el asalto.

Nicodemus. Eso es diferente: me conformo.

Junipero. A ellos. (*Mete cada uno la cabeza por un agujero, y vuelve á sacarla al momento dentro de una olla de campaña, con las asas metidas por debajo de los brazos.*) ¡Huy! yo no veo, yo me ahogo.

Todos. ¡Ay, ay, ay! (*Vanse tropezando unos con otros.*)

Antro de Celestina en Mahudes: grupos caprichosos de estaláctitas de todo género. En el fondo un alambique, de cuya lumbre cuida una porcion de sátiros. En dos huecos de las paredes la muerte de Calisto y Melibea, en escultura: sobre varios pedestales un cocodrilo, un pescado con alas, una cabeza de asno, una mómia, un avestruz y un mico.—Dos sillones y una mesa con luz y un libro.

ESCENA XVII.

CELESTINA. LOS SÁTIROS.

Celestina. ¿Si vendrá á la cita? Creo que sí, porque le conviene conservar el poder que le he dado, á favor del cual ha podido evitar las persecuciones de sus enemigos. La posesion de un talisman que le hace árbitro de la fortuna, debe lisonjear mucho su amor propio. Con todo, no puedo desechar cierta inquietud. Mis muchos años, el poco juicio de Garcia... Un comerciante, un cortesano,

me inspirarian mas confianza ; pero un poeta... Los poetas no han sabido calcular nunca. Ahora anochece: mucho tengo que esperar todavia. Pero ¿no es él el que llega? Buena señal es que se haya adelantado.

ESCENA XVIII.

D. GARCIA. — DICHOS.

Garcia. Ya ves, Celestina, que vengo con tiempo.

Celestina. ¿Te ha servido mi cajita?

Garcia. Completamente: con ella he logrado poner á Teresa en Madrid en parage seguro. ¿Qué he de hacer para manifestarte mi agradecimiento?

Celestina. Siéntate y escucha. Ya has esperimentado hasta donde llega mi poder: á mi voz obedecen los elementos y el infierno tiembla; cuantos placeres pueden proporcionar las riquezas, están en mi mano. El destino, al darme tan absoluto dominio sobre la naturaleza, me concedió tambien el don de la inmortalidad; pero lo contrabalanceó con la pension terrible de que viviese en vejez perpétua. Para el anciano no existen goces, y la felicidad sin término se hace tan intolerable como la desgracia. Yo puedo sin embargo rejuvenecerme, puede reducirse mi vida á la duracion comun, y lo deseo con ansia.

Garcia. ¿Y por qué no cumples tu gusto?

Celestina. Porque solo he de recobrar la juventud con una condicion muy dificil.

Garcia. ¿Cuál?

Celestina. Un caballero mozo y galan ha de darme un abrazo.

Garcia. Si yo soy bastante galan para el lance, yo me ofrezco á regenerar tu persona.

Celestina. El abrazo ha de ser despues de haberse casado conmigo.

Garcia. Eso complica la cuestion algun tanto. ¿Has puesto ya la mira en alguno?

Celestina. Lee, Garcia. (*Le da el libro que está en la mesa.*)

Garcia. (*Leyendo.*)

«Da al olvido tu amor y sé mi esposo,
y vivirás feliz y poderoso.»

Gracias, Celestina, no quiero dicha ni poder á ese precio.

Celestina. Garcia, reflexiona que eres pobre.

Garcia. Tengo ingenio.

Celestina. Te falta instruccion.

Garcia. Aprenderé.

Celestina. Tienes mucha vanidad y poca constancia.

Garcia. Escribiré obras ligeras, me dedicaré á la sátira.

Celestina. Te encarcelarán como á Quevedo, te asesinarán tal vez como á Villamediana.

Garcia. Me haré soldado.

Celestina. Ganarás lo que Cervantes; heridas, hambre y menosprecios. Mira esas estátuas: aquella es Melibea, aquel es Calisto.

Garcia. ¿Eres tú la Celestina de su época?

Celestina. Yo soy, Garcia.

Garcia. ¿No te quitaron la vida los criados de Calisto?

Celestina. No. Un cadáver desfigurado fue á la sepultura con mi nombre: yo en tanto saboreaba una venganza mas ilustre que la que me dió la justicia castigando á mis asesinos: el desastrado fin de los dos amantes.

Garcia. ¡Cómo! Cuando Calisto cayó desde el muro del jardin, al separarse de Melibea...

Celestina. Mi mano invisible precipitó á Calisto; mi aliento inspiró á Melibea la desesperada resolucion de arrojarse de la azotea á vista de su padre.

Garcia. ¿Qué ofensa te habian hecho aquellos dos infelices?

Celestina. La que tú me haces ahora: servirse de mi ciencia y despreciarme luego. Garcia, la trágica suerte de esos amantes os aguarda á ti y á Teresa, si rehusas mis ofrecimientos. Teme mi cólera, Garcia.

Garcia. Teme tú mi espada, hechicera infame.

Veamos si tu inmortalidad te defiende de mis iras. (*Desnuda la espada y va á herirla.*)

Celestina. (*Desapareciendo y dejando sus vestidos en la silla.*) ¡Venganza! (*Los sátiros acometen á Garcia.*)

Sátiros. ¡Venganza, venganza! (*Ocúltase el alambique y se abre un hueco detras, por el cual sale la Locura: en el fondo de este hueco se ve una cascada.*)

ESCENA XIX.

LA LOCURA.—D. GARCIA. SÁTIROS.

Locura. Socorro. (*Los sátiros huyen.*)

Garcia. ¿Quién eres tú que vienes á protejerme?

Locura. ¿No lo adivinas? Rehusando la mano de Celestina, has rehusado las riquezas, y, amiguito, positivamente hablando, la riqueza es la felicidad; prefiriendo tu amor al oro, has hecho lo que llamarán casi todos una locura: razon es que la Locura en persona se declare por tí; bien que los poetas siempre habeis tenido grandes títulos á mi proteccion.

Garcia. Si tú me favoreces, nada tengo que temer; tú eres la soberana del mundo.

Locura. Sígueme y vamos á tranquilizar á Teresa. (*Vanse.*)

ESCENA XX.

D. JUNÍPERO.

Ave Maria. No responde nadie. ¿Dónde diantres andará la bruja? Poco á poco: hablemos de ella con el respeto debido, porque estamos en su casa.—Doña Celestina.—Silencio y soledad.—Esperaremos á que remanezca por ahi, ya que me es forzoso hablarla, porque si ella no me protege, ¿quién me librá de las travesuras del señor Verdolaga? ¿quién me casa con Teresa? Como vengo de la luz, y es tan escasa la que hay aqui, no distinguia nada al pronto; pero voy viendo... ¿Dónde me he metido, señor? ¿Qué caverna es esta? ¡Miren lo que habia escondido al lado de la senda de Chamartin! Si se pudiera viajar por to-

das partes debajo de tierra, ¡qué cosas tan raras veria uno! Otro que no tuviera mi aficion á la historia natural, ¡buen miedo se chuparia al verse aqui dentro! Pero yo... ¡qué! registraré el subterráneo, mas animoso que el alcalde Ronquillo despues de la batalla de Villalar.—Este cocodrilo tan feo me parece una curiosidad de muy mal gusto: cuidado que es mayor que el lagarto de san Gines. ¡Calla! ¡Un pescado con alas! Mil veces he echado la caña en el Tajo, y jamás ha picado en ella una pieza por el estilo. Una cabeza de jumento: será un retrato de familia. Una momia: tal vez alguna gitana de las que bailaron en Belen. ¡Vaya un mico á lo natural! No parece sino una persona de las que se pasean por el prado de san Gerónimo. ¿Pues y el avestruz? ¡Qué animales tan grandes cria la misericordia del señor! ¿Si será verdad que digieren el hierro? (*El avestruz inclina la cabeza en señal afirmativa.*) ¿Que sí, eh? Doy á usarcé gracias por la noticia: le felicito por el uso de un manjar tan apetitoso. (*Retrocede haciendo reverencias hasta la peana del mico que le da un palo.*) Vamos, perillan, un mono relleno de paja ya podia producirse con mas miramiento. (*Acércase á la momia, la cual le dá un puntapié.*) ¿Vos tambien, con dos ó tres mil viernes santos á la cola, la echais de juguetoncilla? ¡Está eso decente! Basta de zoologia; pasemos á la escultura. Un caballero desnucado. Una niña que quiere desnucarse: amores infelices; si ya no es que á uno y otro se les fue la cabeza buscando nidos. Esta es gente mas quieta. (*Llegándose á la mesa y tomando un libro.*) A ver ¿de qué trata esta obra? «Profecias.» No esperaba yo hallar en tal parage un libro canónico. Veamos. (*Lee.*) «En el año de ochocientos
y cuarenta sobre mil,
correrán en marzo vientos,
vendrá mayo tras abril.»

¡Qué cosas tan raras verán los que vivan entonces! ¿Y quién es el autor? (*Viendo la portada del libro.*) ¡Ah! *Pero Grullo*: ya me parecia á mí

por la sublimidad del estilo... (*La vela á cuya luz lee don Junípero, se alarga cuatro varas.* Digo, digo: ¡lo que ha dado de sí mi vela! Ningun dia de la Candelaria he visto un cirio de iguales dimensiones. No hay forma de leer, si no me pongo al nivel de la luz. (*Súbese en la silla y lee.*)

«Huirán de la España lejos
ejércitos en tropel
de grullas y de vencejos
en pasando san Miguel.»

(*Baja la vela.*) Esto es menos incómodo. (*Don Junipero se sienta.*) Prosigamos desgarrando el velo del porvenir. (*Lee.*)

«Habrá fieras escisiones,
habrá horrible mortandad
de pavos y de capones
por pascua de navidad.»

(*Suben la luz y la silla á una grande altura.*) ¡Ay Jesus! ¿dónde me he encaramado? ¡Favor! Una escalera, una gradilla... (*Sale de la mesa un esqueleto que hace bajar á don Junipero sentado en la silla.*)—Señor descamisado, por san Sebastian bendito, que no sois vos á quien yo llamaba. Dejadme; que si no me estrello, me voy á morir de susto. No hay que tocarme con tanta familiaridad las crines, que no hemos comido juntos en ninguna taberna. No, ahora que estoy en el suelo, listo ha de ser el que me atrape. (*El avestruz, el mico y las demas figuras de bulto saltan de sus pedestales y rodean á don Junipero.*) ¡Huy! ¡Ay! ¡Oh! ¡Eh! ¡Ih! ¡San Anton! líbrame de la tentacion. (*Huye y síguenle los otros.*)

Calle: una botica y una tienda de vinos. Un banco de piedra á un lado, una arca de agua al otro. Es de noche.

ESCENA XXI.

D. NICODEMUS. CIGARRON. ALGUACILES, *y luego* LA LOCURA

Cigarron. Sosiéguese voacé, que ya los tenemos cogidos.

Nicodemus. Creedme, señor Cigarron, allanemos la casa en que estan encerrados, y apoderémonos de ellos.

Cigarron. No, no señor: ya que se haga una arbitrariedad, que sea legalmente. El señor corregidor ha mandado que no se registre la casa hasta que venga su señoria con la superiora de santa Teresa en el coche: aguardemos hasta entonces. Nadie saldrá de aqui mientras tanto.

Locura. (*Saliendo con un farol que deja arrimado á la pared.*) ¿Cómo que no saldrá nadie? Yo y mis criados y mis criadas podemos salir libremente: el corregidor lo ha mandado. Soy tendera, vivo de mi tráfico, y necesito enviar á mi gente á recibir unos géneros.

Cigarron. Sosiéguese, hermana; el mandato del señor corregidor se cumplirá al pie de la letra.

Locura. Mis dependientes llevarán por contraseña un farol.

Cigarron. Tenemos orden de dejar pasar á los que lleven farol: perded cuidado.

Locura. Eso es otra cosa. (*Aparte al irse.*) Voy á libertarlos. (*Vase.*)

ESCENA XXII.

D. JUNÍPERO. ESPARAVAN.—NICODEMUS. CIGARRON. ALGUACILES. *Despues* LA LOCURA, D. GARCIA *y* TERESA.

Junipero. ¿Con que ya cayeron los pájaros en la red?

Cigarron. Ya no pueden escapársenos.

Junipero. Solo esa noticia puede indemnizarme de los sustos que acabo de pasar. ¡Ay! ¡qué cansado vengo, maese Chirinela! (*Se sientan don Junipero y Nicodemus en el banco, el cual se inclina de un lado, cayendo don Junipero sobre Nicodemus.*)

Nicodemus. Por Dios, señor don Junípero; mirad lo que haceis. *Se levantan y se sientan otra vez.*)

Junipero. Perdonad, maese Nicodemus; no sé cómo ha sido. Amigo, me fue imposible ver á Celestina. (*Cáense otra vez del banco.*)

Nicodemus. ¡Otra! El diablo que esté al lado vuestro. Sois mas inquieto que lo que llama el dispensatorio *esclavo fugitivo*; es decir, el azogue.

Locura. (*Saliendo de la tienda de vinos con Teresa y don Garcia.*) Tome cada uno un farol, y salimos sin tropiezo.

Teresa. Si no hay mas que uno.

Locura. No faltarán. Vamos. (*Hácense tres faroles del que hay en el suelo; la Locura, Teresa y don Garcia los toman y atraviesan el teatro.*)

Junipero. (*A Cigarron.*) Eh, detened á ese hombre, que es el hechicero.

Cigarron. Lleva farol; puede salir.

Nicodemus. A esa, que es la prófuga.

Cigarron. Lleva farol.

Esparavan. A esotra que los acompaña.

Cigarron. Lleva farol.

Nicodemus. ¡Ya se escaparon! ¡Por vida de las píldoras angélicas!

Junipero. ¡Oh! pues yo voy tras ellos.

Cigarron. Alto ahí; para usarcé no hay paso: usarcé no lleva farol.

Junipero. Pues yo los he de perseguir sin remedio: apodérome del farol que ha quedado. (*Lo toma y queda otro.*) ¿Aun hay mas? pues venga. (*Lo coge y queda otro.*) ¿Otro? Venga tambien. (*Coge uno en cada mano y otro en la boca.*) Ahora no me han de detener por falta de luces.

Cigarron. Atras: no hay paso.

Junípero. ¿Cómo que no? Llevo tres faroles.

Cigarron. Se pasa con uno, con trés no.

Junipero. Maese Chirinela, tomad el uno: toma tú el otro, Esparavan. ¿Podemos pasar ahora?
Cigarron. No hay inconveniente.

ESCENA XXIII.

LA LOCURA.—DICHOS.

Locura. Justicia, señor Cigarron: arrestad á esos pícaros que se llevan mis faroles.
Cigarron. ¡Hola! arrestadlos.
Junipero. ¡Nosotros ladrones!
Locura. ¿A quién habeis pedido permiso para disponer de mi hacienda? ¿Qué me habeis pagado por lo que llevais?
Cigarron. Amigo, tiene razon la tenderilla: usarcedes han tomado lo ageno contra la voluntad de su dueño. Irán á la carcel.
Nicodemus. Esto nos faltaba.
Junipero. El señor Nicodemus pagará el valor de los tres faroles.
Nicodemus. El señor don Junípero pagará el vino que vuesas mercedes quieran beber.
Cigarron. Eso es diferente: entonces no hay hurto. Vamos á la tienda. (*Vanse, y la botica se trueca en tienda de vinos, y esta en botica.*)

ESCENA XXIV.

DON GARCIA. TERESA.

Garcia. La ronda del corregidor nos ha cortado el paso. Refugiémonos en la casa.
Teresa. Nos descubrirán al instante.
Garcia. Nos defenderemos.
Teresa. ¿Qué podremos hacer cuando Celestina nos es contraria?
Garcia. La Locura nos protege. (*Pónense detras del arca de agua al ver salir de la tienda á los alguaciles.*)

ESCENA XXV.

CIGARRON. ALGUACILES. *Luego* D. JUNÍPERO Y ESPARAVAN.— DICHOS.

Cigarron. ¿Qué diablos de brebaje nos han dado á beber? Esto no es vino.

Esparavan. Quema como aceite de vitriolo.

Cigarron. Si nos hemos encajado en la botica. ¡Ay! ¡qué retortijones! Yo me muero, yo me voy á la cama derecho.

Unos alguaciles. Y yo, y yo. (*Don Garcia y Teresa salen para irse detras de los alguaciles.*)

Esparavan. Aqui estan, señor don Junípero.

Junipero. (*Saliendo de la tienda con otros alguaciles.*) Date á prision, perro: ¿quién te defiende ahora?

Locura. (*Dentro.*) Su protectora oculta: dèjadlos libres, y contribuid vosotros á solemnizar mi triunfo. (*Múdase la decoracion en un magnífico jardin chinesco, donde la Locura aparece en un trono. En el fondo se ve un canal por el que cruzan algunas barcas: los alguaciles se trasforman en payasos, y un tropel de bailarines chinos los rodea y los hace bailar.*)

ACTO SEGUNDO.

Sala de una venta. Una chimenea, una papelera y sillas.

ESCENA PRIMERA.

GARCIA. TERESA. LA LOCURA.

Teresa. Yo creia que podiamos contar algo mas con vuestro ausilio, amable protectora. Ya me figuraba yo que estábamos en Canton por lo menos, ¡y nos hallamos en una venta á cuatro pasos de Madrid!

Garcia. Y cuando yo me habia sorbido el último polvo de la caja.

Teresa. Fue una crueldad abandonarnos de esta manera.

Garcia. Fue una locura.

Locura. Por eso la hice, y porque Celestina, armada de todo su poder, se encaminaba á asaltarme en aquel asilo.

Garcia. ¿Vendrá tambien á perseguirnos en este?

Locura. Es muy probable que os acose donde quiera que esteis.

Teresa. ¡Linda esperanza!

Locura. Pero en todas partes estaré yo para defenderos.

Garcia. Mil gracias. ¿Y por qué habeis tomado el traje de ventera?

Locura. Para recibir á don Junípero y demas comparsa.

Garcia. ¿Han de venir aqui?

Locura. Estan á la puerta.

Teresa. ¡Ay! Huyamos, Garcia.

Locura. ¿Qué miedo es ese? No parece sino que habeis visto al diablo en casa.

Teresa. He visto á don Junípero en el portal.
Locura. Entrad en ese cuarto y descansareis. A Teresa digo: vos allá.
Garcia. ¡Qué aprensiones teneis!
Locura. Como mias. Ea, cada uno á su lado.
Garcia. Adios.
Teresa. Adios. (*Vase cada uno á cuarto diferente.*)
Locura. Mis huéspedes pueden venir cuando quieran. No viendo á Teresa y Garcia, mi plan es seguro, porque á mí no han de conocerme nunca mis enemigos.

ESCENA II.

D. JUNÍPERO. NICODEMUS. ESPARAVÁN. CIGARRON. ALGUACILES.—LA LOCURA.

Locura. Adelante, caballeros.
Nicodemus. Salud.—Os digo, señor don Junípero, que estoy despedazado, triturado, próximo á una pulverizacion completa. No puedo mas.
Junipero. ¿Os sentais ahora?
Nicodemus. No puedo menos.
Junipero. ¿Y vos tambien, Cigarron? ¿Y Esparavan tambien?
Cigarron. El poder del buen ejemplo...
Esparavan. La fuerza... de la debilidad...
Junipero. ¿Es decir que Teresa se nos escapa? No, pues yo he de alcanzarla, ó he de perder mi nombre.
Nicodemus. Yo por no perder mi pellejo, renuncio momentáneamente á la empresa. Vos que teneis cuerpo de corzo, corred tras los fugitivos; yo no estoy ni para seguir á un galápago.
Junipero. Descansad, noramala para los tres; pero advertid que no os concedo mas que veinte y nueve minutos para comer, beber y dormir.
Esparavan. Reparad, señor don Junípero, que ni siquiera nos dais tiempo para ocuparnos en uno de esos tres ejercicios.
Junipero. Pues, amigo, elegir el mas necesario y contentarse con él.

Esparavan. Yo escojo comer.
Cigarron. Yo beber.
Nicodemus. Yo dormir.
Locura. ¿Qué tienen usarcedes que mandar, caballeros? Buena olla, buena cama, buen vino y buenos modos nunca faltan aqui.
Nicodemus. Acoto la cama.
Esparavan. Yo el puchero.
Cigarron. Yo el jarro.
Nicodemus. Ea, despachadnos al instante.
Locura. ¿Al instante ha de ser?
Junípero. Solamente pueden detenerse aqui veinte y siete minutos. Vivo.
Locura. Pues, señores, crean vuesas mercedes que el vino que se trae á mi casa, es de lo esquisito que se puede beber; pero da la casualidad que despaché esta mañana el postrèr cuartillo: mi guisandera ha servido al señor arzobispo de Toledo; pero aun no me han traido de la villa la provision diariá: ni un canónigo que duerma en cama tan blanda como las mias; pero es el caso que toditos los colchones estan á rehacer.
Nicodemus. Es decir que no podemos contar sino con los buenos modos de la ventera.
Esparavan. ¡Buen consuelo de tripas!
Junípero. Vaya, vaya; pongámonos otra vez en camino.
Nicodemus. No señor; este es un establecimiento público, y la señora tiene obligacion de servir á todo yente y viniente: para eso paga ella sus contribuciones al gobierno.
Cigarron. Tiene razon el preopinante; la señora es ventera; róbenos dinero, pero no comodidades. Ministro yo de un poder tutelar y benéfico, voy á entrar á saqueo vuestra despensa.
Esparavan. Apoyo la mocion.
Nicodemus. Aprobado por unanimidad.
Junípero. Eh, señores aprobantes, veinte y tres minutos os quedan no mas.
Locura. Hagan lo que quieran vuesas mercedes. (*Aparte.*) Yo me divertiré con vosotros. (*Vanse todos, menos don Junipero.*)

ESCENA III.

DON JUNÍPERO, *y luego* CELESTINA.

Junípero. ¡Ay! ¡qué tribulaciones, qué chascos estoy padeciendo desde ayer tarde! ¡Y todo por una muger que no me quiere! Lo peor es que con tanto andar asi de Herodes á Pilatos, la Teresita se va á aficionar al movimiento rápido, y aunque llegue á casarme con ella, no habrá fuerzas capaces de hacerla estacionarse en su casa.

Celestina. (*Dentro.*) Don Junípero.

Junípero. (*Aparte.*) Esta voz estraña me asusta.

Celestina. (*Dentro.*) Don Junípero Mastranzos.

Junípero. (*Aparte.* Quiero hacerme el desentendido.) No estoy en casa.

Celestina. (*Saliendo por la chimenea.*) No mientas, cobarde.

Junípero. ¡Celestina! (*Aparte.* Ya se ve; ¿quién habia de venir por una chimenea sino una bruja?)

Celestina. ¿Quieres vengarte de tu rival?

Junípero. ¿Que si quiero? Si para eso fui yo á buscaros á vuestra casa, para pediros ausilio. Por tener yo á mi disposicion al señor Verdolaga, seria capaz...

Celestina. ¿De casarte conmigo?

Junípero. ¿Cómo es eso?

Celestina. ¿Vacilas? ¿rehusas?—Adios.

Junípero. Despacio, señora: concededme unos momentos para serenarme. La sorpresa... el empacho juvenil... Vacilo, eso sí; vacilo como un escribano cuando le proponen una trampa; pero no digo que no.

Celestina. Con mi mano te ofrezco riquezas y poder sin límites.

Junípero. Es que soy yo rico tambien.

Celestina. Yo puedo dejarte pobre, si no hay mas obstáculo.

Junípero. No os causeis en darme esa prueba de cariño.—Con que ¿tan opulenta sois?

Celestina. De mas para adquirir un imperio.

Junipero. No soy ambicioso; dos ó tres principados me bastan. Y decid, ¿podriais...?

Celestina. Por mi marido, todo.

Junipero. Poner en mis manos á Garcia?

Celestina. Para que hagas de él lo que quieras.

Junipero. Y á Teresa, ¿qué destino dariamos?

Celestina. No siendo el de tu muger, cualquiera.

Junipero. (*Aparte.* La proposicioncilla merece tomarse en consideracion.) ¿Y como cuántos años contais? ¿De cincuenta y cinco... á ochenta y siete?

Celestina. No quiero engañarte: tengo dos siglos y...

Junipero. ¡Dos siglos! ¡Justo Dios!

Celestina. Y ochenta y cuatro años.

Junipero. ¡Friolera es el pico! ¡Doscientas ochenta y cuatro navidades! ¿Luego sois la mismísima Celestina de Juan de Mena? Es una curiosidad una muger semejante. Y seria una moza como unas peladillas cuando nació don Enrique IV. Vuestra edad me decide, abuela, digo, hermosa. Ahi va mi mano.

Celestina. Toma la mia.

Junipero. (*Aparte.*) ¡Huy! parece un manojo de sarmientos.

Celestina. Pide ahora lo que quieras.

Junipero. Lo primero, que me asegureis á Garcia y á mi novia, á la boticaria.

Celestina. ¿Dónde quieres que ponga á Garcia?

Junipero. En una jaula de locos.

Celestina. Concedido: es lo que merece.

Junipero. Lo que es Teresa...

Celestina. Lo que es Teresa, por lo pronto volverá á casa de su tutor. Yo trasladaré dormido á cada uno de los dos al encierro que les hemos destinado.

Junipero. Estoy deseando presenciar esa prueba de vuestra habilidad.

Celestina. Vuélvete á Madrid sin tardanza, y no te quejarás de que te haya engañado. Mañana nos veremos. Hasta mañana, querido. (*Vase por donde vino.*)

Junipero. Adios, criatura.—Me parece que no he

hecho del todo mal en renunciar á Teresa, puesto que no habia apariencias de que fuera mia.

ESCENA IV.

ESPARAVAN, *con dos platos.* CIGARRON, *con un jarro y un vaso.*—D. JUNÍPERO.

Cigarron. ¡Victoria! ¡Victoria!

Junipero. ¿Qué es eso? ¿ha venido algun estraordinario de Flandes?

Cigarron. Hemos tomado por asalto la despensa.

Esparavan. Y aqui estan los despojos.

Junipero. ¿Y maese Nicodemus?

Esparavan. Anda en descubierta de una cama; pero hasta ahora no ha encontrado mas que la del suelo.

Junipero. Voy á persuadirle que se acomode en el pajar. (*Vase.*)

ESCENA V.

ESPARAVAN. CIGARRON.

Cigarron. Joven farmacéutico, mi dictamen es que descansemos comiendo, á no ser que prefirais que comamos descansando.

Esparavan. Me decido... por ambas cosas.

Cigarron. Esta papelera hará oficios de mesa. (*Ponen en ella los platos, el jarro y el vino.*)

Esparavan. Esquisitos han de estar los pichones.

Cigarron. Sentémonos. (*Desaparecen las sillas en que iban á sentarse, y aparecen á larga distancia.*)

Esparavan. Amigo Cigarron, podiais dejarme mi silla.

Cigarron. Os juro por el aspa de san Andres que no la he tocado. ¡Calle! ¿y la mia? (*Va cada uno á coger la suya.*)

Esparavan. ¡Pues no han echado mala carrera! Por fin cogí una.

Cigarron. Y yo otra. (*Las sillas desaparecen y vuelven á su sitio cerca de la mesa.*) ¡Demonio!

¿Dónde se han ido? ¡Ah! vamos: alli no estan mal.

Esparavan. El ejercicio este es el único para entrar en ganas de comer.

Cigarron. Hacedme plato, mientras quito la espuma á la jarra.

Esparavan. Tomad. Sabe á gloria.

Cigarron. Bebed. Es un bálsamo.

Esparavan. Vamos allá. (*Van á sentarse, húndenseles las sillas y dan consigo en el suelo: los platos, jarro y vasos desaparecen.*) ¡Canario con las sillas! ¡qué delicadas son de lomo!

Cigarron. (*Levantándose.*) ¡Otra! Los pichones y el vino volaron.

Esparavan. Si hubieran volado, los hubiéramos visto. Sin duda hay algun escotillon en el tablero de la papelera, y por él se han colado dentro.

Cigarron. Saquemos el cajon de arriba. (*Lo hacen.*) Está vacío, como bolsa de estudiante.

Esparavan. Vaya el de enmedio.—Vacío tambien.

Cigarron. A ver el de abajo.—Idem, idem.

Esparavan. ¿Me sabreis esplicar, amigo Cigarron, en qué consiste que habiendo sacado los tres cajones de este mueble, se quede tan cerrado como antes?

Cigarron. Consiste en que tiene cajones suplentes para ausencias y enfermedades.

Esparavan. Afuera los suplentes. (*Sacan sucesivamente otros tres cajones.*) Uno.

Cigarron. Dos.

Esparavan. Tres.

Cigarron. No hemos hecho nada.

Esparavan. Repitamos la operacion. ¿Ha de ser interminable esta cajoneria? (*Sacan otros tres cajones.*) Uno, y van siete.

Cigarron. Dos, y van ocho.

Esparavan. Tres, y van nueve.

Cigarron. ¡Y cerrado como antes! Esto es brujería, y ya pasa de raya. No, pues no se ha de reir de mí el dueño del trasto. Esparavan, saquemos al camino papelera y cajones, y hagamos con to-

do un auto de fe. Ó soy familiar de la Santa, ó no.

Esparavan. Al fuego con ellos. (*Se van llevando los cajones y luego la papelera.*)

ESCENA VI.

D. JUNÍPERO. NICODEMUS. LA LOCURA.—DICHOS.

Nicodemus. Una vez que me asegurais tan positivamente que Teresa está en casa, quiero marchar sin dilacion á Madrid.

Locura. En la venta acaban de parar un coche de retorno y unos mozos con una silla de manos.

Nicodemus. Me apodero del coche. Esparavan se volverá despacio con los caballos. (*Vase la Locura.*)

Junipero. En la silla iriais mas cómodo; pero ya que os empeñais en que yo la ocupe...

Nicodemus. Yo no tengo empeño en tal cosa; pero me urge mucho el estar en Madrid para custodiar á aquella pícara cuñada. ¿Qué le diré de vuestra parte?

Junipero. Decidle... que os he dicho yo... que no me digais nada.

Nicodemus. El recado aunque se olvide, no compromete á nadie.

Junipero. Hasta que yo os avise, alto silencio acerca de mi persona: lo mismo que si no nos hubiesemos conocido. Esto importa.

Nicodemus Está bien. Adios, mi concuñado.

Junipero. Si me dais ese nombre, lo echais á perder. Desentendeos de mí, haceos cuenta que soy un parroquiano mal pagador.

Nicodemus. Ya estoy. Dios le guarde.

Junipero. Vaya con Dios. (*Vase Nicodemus, y salen la Locura y dos mozos que traen una silla de manos.*)

Locura. Aqui están los mozos con la silla. (*Aparte.*) Tú pagarás el que Celestina se haya apoderado de los dos pobres amantes.

Junipero. (*Aparte.* A su tiempo sabrá el maese mis

relaciones con Celestina.) Eh, ganapanes, llevadme con cuidado. (*Entra en la silla.*)

Locura. Descuidad: es gente hábil y forzuda. Si quereis, os llevarán hasta Madrid de una corrida.

Junipero. Que me place. Ea, de un tiron á Madrid.

Locura. Marchad. (*Los mozos echan á correr con la silla, cáese el fondo de esta, y don Junipero no pudiendo salir de ella, tiene que correr al paso de los mozos.*)

Junipero. ¡Eh, eh! ¡muchachos! Que esto es peor que ir á pie. Aguardad, deteneos.

Locura. Sin parar á Madrid, ya lo habeis oido.

Junipero. Parad, parad.

Locura. Paso redoblado. (*Vanse todos.*)

Interior de un hospital; en el fondo el departamento de convalecientes, á la derecha el de los locos.

ESCENA VII.

GARCIA, *asomado á una ventana de la derecha.*

¡Válgame el cielo! ¡Qué veo!
¡Válgame el cielo! ¡Qué miro!
Con poco espanto lo admiro,
con mucha duda lo creo.
En los brazos de Morfeo
me abandoné por mi mal,
pues en mi sueño fatal
aquella mágica maula,
soplándome en una jaula,
me instaló en el hospital.
Segun yo creí, segun
la Locura me decia,
nada que temer tenia:
¿si estaré durmiendo aun?
Soñar es cosa comun
en mundo tan singular,
donde se ve sin cesar

triste esperiencia que enseña
que todo el que vive sueña
lo que es, hasta despertar.
Sueña algun hombre de bien
que sus talentos políticos
á la patria en lances críticos
prestaron firme sosten.
Da la fortuna un vaiven,
y del sueño de bondad
la gran notabilidad
despierta en una capilla
al son de la campanilla
de la paz y caridad.
Sueña el hombre adinerado
que no pierde goce alguno;
sueña el pobre con su ayuno,
que es un sueño endemoniado;
sueña embrollos el letrado,
lisonjas el que pretende,
sueña estafas el que vende,
y en el mundo, en conclusion,
todos sueñan lo que son,
aunque ninguno lo entiende.
Yo sueño que arrastro aqui
la cadena que me agovia,
y soñé que con mi novia
de ceca en meca me fui.
A mi costa conoci
que la dicha es ilusion,
la riqueza un chiripon,
y el bien mayor, muy pequeño,
porque al fin *la vida es sueño*,
como dice Calderon.

ESCENA VIII.

D. JUNÍPERO, *conducido dentro de la silla por los mozos que vienen corriendo.*—ESPARAVAN, *que los sigue.*—DON GARCIA.

Garcia. Gente llega, no quiero que me vea nadie. *(Quítase de la ventana.)*

Esparavan. Alto, alto: aqui es. (*Asiendo al mozo delanteró por los cabezones.*) Párate, condenado: ¿quieres matar á ese pobre señor? (*Páranse los mozos, y don Junipero sale de la silla.*)

Junipero. (*Apoyándose en Esparavan.*) ¡Ay Esparavan de mi alma! Si no es por ti, echo los bofes.

Un mozo. Con que, nuestro amo, ¿qué nos da ucé para remojar la palabra?

Junípero. Plomo derretido es lo que mereceis, caribes.

Mozo. Pues me parece que no debe ucé quejarse. ¡Caramba! que hemos traido buen paso.

Junípero. Volveos con el mismo, si no quereis...

Mozo. Es que si ucé no nos paga, le llevamos corriendo á la venta.

Junípero. Todo menos que eso: prefiero pagar. Tomad y rebentad con ello. (*Les da dinero.*)

Mozo. Gracias. Dios le de á ucé lo que desea. (*Vanse los mozos.*)

Esparavan. ¿Os vais á quedar aqui?

Junípero. Sí: avisa á mis criados que no me esperen. Quiero refugiarme en esta santa casa, porque en la mia no estoy seguro de mis enemigos: veremos si respetan los brujos este sagrado. Llama por ahi á un dependiente.

Esparavan. Señor comisario, porteros...

ESCENA IX.

LA LOCURA, *de hombre.*—D. JUNÍPERO. ESPARAVAN.

Locura. (*Aparte al salir.* ¿Quieres librarte de mis persecuciones, y vienes al lugar donde la sociedad encierra á los menos ofensivos de mis vasallos? Ello dirá.) ¿Quién llamaba? ¿Quién pregunta por el comisario?

Junípero. Un servidor vuestro, que os suplica le sirvais.

Locura. ¿Qué es lo que quereis?

Junípero. Una cama por mi dinero.

Locura. Al momento. (*Llama.*) Mozo. (*Sale un mo-

zo.) ¿Qué enfermedad padeceis? ¿Timpanitis, gastroenteritis...?

Junípero. Derrengaditis. No puedo conmigo de cansado, y si me tengo en pie, no es sino por decencia, y porque Esparavan me sirve de Cirineo.

Esparavan. Por cierto que pesais como disparate ministerial.

Junípero. Necesitaria, pues, un cuarto donde hubiese mucho silencio, muchísima tranquilidad, donde no se sintiera volar una mosca.

Locura. Os acomodaré en el departamento de los paralíticos, que son, como podeis figuraros, gente poco bulliciosa.

Junípero. Bien: me arreglaré con la paralisis.

Locura. Mozo, llevad al señor al corredor de san Babilés, cuarto número cinco.

Esparavan. Señor don Junipero, que descanseis.

Junipero. Adios. (*Se entra con el mozo por la puerta del fondo, Esparavan se va por la izquierda.*)

Locura. Ahora no me falta mas que traer aqui al boticario. Ya he tranquilizado al pobre Garcia con la esperanza de su próxima libertad; pensaré despues en Teresa. (*Paséase, cruzando el teatro.*)

Junipero: (*En el cuarto.*) ¿Con que es esta mi habitacion?

Locura. Ya lo veis: es ventilada y tranquila.

Junipero. Y está servida como la alcoba de un arcediano. (*Al mozo.*) A ver, tú, dame ese balandran y un gorro de dormir: necesito estar holgado para descansar. (*Se sienta en un sitial.*) ¡Ay! ¡qué gusto cuando puede uno estender sus miembros doloridos...! (*Abrense todas las ventanas del departamento: en la una aparece un trompeta tocando, en otra un calderero adobando, en otra un zapatero machacando suela, &c...*) ¡Virgen de Belen! ¿qué barahunda es esta? Ni el caballo del Retiro que lo aguante. Señor comisario, señor comisario. (*Quítase de la ventana, ciérranse las otras y cesa el ruido. Sale don Junipero.*) Señor comisario.

Locura. ¿Qué sucede, caballero?

Junipero. Esto es un horror, una heregía.

Locura. ¿Pero cuál?

Junipero. ¿Cuál? ¡Friolera! Que me habeis aposentado entre una cáfila de caldereros, de zapateros, de músicos dé la murga, que arman un estrépito diabólico. (*Abrense las ventanas y en cada una aparece un enfermo, durmiendo unos y otros leyendo.*)

Locura. Yo no entiendo lo que decís: mirad á las ventanas y decid si los enfermos que no están durmiendo, pueden tener ocupacion mas silenciosa.

Junipero. ¿Habrá sido todo aprension mia? Cierto que los tales camaradas parecen personas bastante quietas: sin embargo, yo juraria que habia oido un ziszás, que aun me anda zumbando en las orejas. Amigo, perdonad; puedo haberlo soñado: veinte y cuatro horas hace que tengo la cabeza perdida. Me vuelvo á mi cuarto á dormir. (*Vase.*)

Locura. Pesado sueño ha de ser el tuyo si duermes hoy. (*Ciérranse las ventanas.*)

Junipero. (*En el cuarto.*) En efecto, me habia equivocado. No me vendrian mal unos paños de nieve en la cabeza. (*Se sienta, se vuelven á abrir las ventanas y se repite èl alboroto.*) No, pues ahora estoy seguro de que no lo sueño. Comisario, mozos, practicantes, obregones... (*Cesa el estruendo.*)

Locura. ¡Dale! ¿Qué ocurre de nuevo? Caballero, vos á cada paso turbais la tranqnilidad del establecimiento.

Junipero. No es mala tranquilidad la suya.

Locura. Si no os hallais bien aqui, marchaos.

Junipero. Si señor que me marcho, á la hospederia de los cartujos.

Locura. Pues andad con mil diablos.

Junipero. Ellos son los que andan conmigo.

ESCENA X.

NICODEMUS.—D. JUNÍPERO. LA LOCURA.

Nicodemus. Aqui me ha dicho Esparavan que se

halla mi hombre. Buen amigo, ¿podeis decirme dónde para mi concuñado?

Locura. ¿Y quién es ese caballero?

Nicodemus. El que se va á casar con mi pupila.

Locura. Pero ¿quién se casa con ella?

Nicodemus. El hidalgo.

Locura. Dád esas señas á un pregonero para que le busque, que son seguras.

Junipero. (*Desde la ventana.*) ¡Maese Nicodemus!

Nicodemus. ¡Don Junipero! Amigo, teniais razon, Teresa está en casa.

Junipero. ¿No os lo dije yo?

Nicodemus. ¿Y qué os ha sucedido?

Junipero. Mil calamidades. Venid al cuarto, y os contaré mas pasos, que tiene un via-crucis.

Nicodemus. Con permiso de este señor. (*Vase.*)

Locura. Ya estan reunidos como yo deseaba. Rejas y cerrojos que guardais á tantos infelices, cuya desgracia consiste en no saber ocultar su locura, caed á mi voz. Amantes ofendidos, mugeres olvidadas, venid y gozad un momento de alegria y de libertad. (*Caen las rejas del departamento de los locos, y salen estos en tropel y gritando. Vase la Locura.*)

ESCENA XI.

D. GARCIA. LOCOS *y* LOCAS. — D. JUNÍPERO *y* NICODEMUS, *en el cuarto.*

(*Los locos cantan un coro.*)

Junipero. ¡Huy! ¡qué algarabía!

Garcia. Castellanos, yo soy el conde Fernan Gonzalez á quien tenia en prisiones el rey de Leon contra ley y derecho. Mi esposa me ha puesto en salvo, mudando de traje conmigo. Pero vuestra condesa gime en este alcazar: mueran sus carceleros.

Todos. Mueran. A ellos.

Nicodemus. ¡Calle! ¿Con que nuestro vecino se ha vuelto loco?

Junipero. Si era poeta, ¿en qué habia de venir á parar?

Garcia. Ya los satélites del tirano coronan las almenas del castillo. Vedlos alli. Al asalto.

Todos. Al asalto.

Nicodemus. Don Junipero, un motin de locos es cosa séria: vamos á llamar á la ronda de pan y huevo.

Junipero. ¿Y por dónde salimos? Defendámonos aqui. Tomad, armaos. (*Le da una geringa y toma él otra.*)

Garcia. Traed escalas. (*Sacan dos.*) No haya perdon, no haya piedad con nuestros enemigos. Libremos á mi esposa y conquistemos la indepencia del condado. Castilla y Libertad.

Todos. Castilla y Libertad. (*Vuélcase la parte de edificio del fondo, y salen á gatas por las buhardillas don Junipero y Nicodemus. Repítese el coro y vanse todos.*)

Portal de casa de don Junipero; á un lado el cuartito del portero.

ESCENA XII.

ESPARAVAN. UN PORTERO.

Esparavan. Guárdele Dios, amigo. El señor don Junipero Mastranzos...

Portero. No recibe hoy á nadie.

Esparavan. Hombre, si cabalmente vengo á avisar á usarcedes...

Portero. Ya digo que no está en casa.

Esparavan. Sí; pero yo tengo que prevenir...

Portero. Lea ese rétulo, si sabe lo que yo no necesito. Ahi dicen que dice que nadie pase sin hablar con el portero.

Esparavan. Si yo no trato de pasar, si yo solo tengo necesidad de...

Portero. Respete usarcé las leyes interliminares.

Esparavan. Pero atienda vusted á razones.

Portero. Pediré auxilio á la cocina.

Esparavan. Pídale usarced si quiere, á la caballeriza; pero...

Portero. Y soltaré el perro que muerde.

Esparavan. Probablemente será mas racional que su amo.

Portero. Mi obligacion es echar con cajas destempladas á la gentecilla.

Esparavan. La obligacion de usarced es oir á los que le hablan, y aunque le lleve pateta...

Portero. Y por mas que ucé se empeñe...

Esparavan. Ha de saber que su amo se queda en el hospital descansando, y me envia á decir á usarcedes que acaso no vendrá en todo el dia de hoy.

Portero. (*Hablando al mismo tiempo que Esparavan.*) Ha de salir del portal inmediatamente, ó cogeré una tranca y le moleré las costillas.—¡Ah! ¿con que venia usarcé con recado de mi señor?

Esparavan. Pues, para que no estuvieran aqui con cuidado.

Portero. ¡Qué disparate! Cuando él está en casa es cuando debemos tener cuidado; en saliendo fuera, maldito. Pero alli viene ya.

Esparavan. Pronto se ha restablecido.

ESCENA XIII.

D. JUNÍPERO.—DICHOS. *Luego* LA LOCURA.

Portero. ¡Oh señor! seais bien llegado. Este buen hombre me habia dado un susto diciéndome que os hallabais echadillo á perder.

Junipero. Ya me he repuesto.

Esparavan. En efecto, no se os conoce ya el cansancio de la jornada en silla de pies, quiero decir, de manos.

Junipero. ¿Qué se ha de conocer? ¿Qué es aquello para un hombre de mi fibra? Yo soy un roble. (*Aparte.*) Gracias al talisman que me acaba de dar Celestina.

La Locura. (*Dentro.*) Calabazas y pimientos.

Portero. Esta no es la voz de la fuencarralera que viene á casa.

Locura. (*Dentro.*) Berengenas y tomates: cebolletas y pepinos. Só, borrico, só. (*Sale vestida de labradora.*) Guarde Dios á la buena gente. ¿Vive aqui don Junipero Mastranzos?

Portero. No recibe á nadie.

Locura. Es que...

Portero. No está en casa, está invisible.

Junipero. ¿Qué le quieres á don Junipero, prenda?

Locura. ¡Toma! ¿qué es su mercé? Pues ¿á qué me dice ese tio que no está en casa?

Junipero. Es mi portero, y le pago para que mienta.

Locura. No desempeña mal el encargo. Pues, señor, yo soy nieta de la tia Magallona, mi abuela, y mi abuela la tia Magallona me envia de Fuencarral con una carga de hortaliza para su mercé.

Junipero. Ha hecho muy bien la abuelita en quedarse por allá. (*Aparte.*) Por la barca de Fuentidueña, que la chica es preciosa.

Locura. Con que voy á entrar el seron.

Junipero. No consentiré yo que te tomes ese trabajo. Descargad vosotros la caballeria. (*Vanse el Portero y Esparavan.*)

Locura. Viva su mercé mil años. (*Aparte* Voy á ver si le quito los polvos de Celestina.) Pues, señor, yo tenia que pedir á su mercé un favor.

Junipero. Pide cuanto quieras, hermosa. (*Vuelven el Portero y Esparavan con el seron: empiezan á sacar de él calabazas, pepinos, repollos y otras hortalizas, y arman con ellas junto al cuartito de la porteria un estafermo que tiene en cierto modo figura humana.*)

Locura. Mi abuela me trujo por navidaes á Madril, y juimos una tarde al corral de la Cruz á ver una comedia. ¡Ay! ¡lo que yo me diverti con aquella juncion! ¡Cómo se me iban los ojos tras de una reina mora con guardainfante que la llevaban á meter monja; y ella no queria porque estaba casada de secreto con un arzobispo! En fin, ¿qué

quiere su mercé que le diga? Yo conocí que aquel era mi sino, y sin mas ni mas, hice voto de ser comedianta.

Junipero. Muy bien.

Locura. No, no tan bien, porque cuando allá en el lugar se lo dije á mi abuela, me hartó de mogicones, para quitarme de la cabeza aquella aprension.

Junipero. ¿Y qué efecto produjo la retórica manual de la abuela?

Locura. ¡Toma! Inficionarme mas al teatro.

Junipero. ¿Y qué es lo que pretendes de mí?

Locura. Que su mercé, que tendrá conocimiento con el autor y el despavilador y todos los regidores de la compañia, les hable por mí y les diga que soy muy buena muchacha, y que tengo mucha habilidad y que no soy fea.

Junipero. Eso último, ya lo dirán ellos sin que yo se lo advierta. (*Aparte.* Vale mas que Teresa con tercio y quinto.) Pero, hija, ¿cómo respondo yo de tu disposicion cómica, si no veo antes una muestra de ella?

Locura. ¡Toma! Cabalitamente queria yo que su mercé me oyera un paso de una trajeria que he aprendido en menos de seis meses.

Junipero. ¿De qué pieza es?

Locura. De una que lleva el nombre de una señora muy pícara, que se llamaba como otra que fue muy buena.

Junipero. Esas señas convienen á todo nombre de muger.

Locura. El nombre de la tal acaba asi como en *reçia*, ó *necia*... y el apellido se parece á *alforja*.

Junipero. ¿Lucrecia Borja?

Locura. Eso es.

Junipero. Vaya en gracia.

Locura. Y se llamaba Lucrecia.

Junipero. Yo sé de memoria todo ese drama: principia; que sea la escena que fuere, yo te daré las réplicas.

Locura. Comienzo, pues. (*Declama.*)

¡Envenenado estás!

Jun. ¡Señora! ¿es cierto?
Loc. Como catorce y diez son veinticuatro.
Jun. Vos me servisteis la traidora copa,
¡y bebí sin recelo! Soy un asno.
Loc. Deja tus alabanzas por ahora,
que el lance es peliagudo y apurado,
y ya verás al acabar la escena
como sobre una silla me desmayo.
Escucha: sabe que mi esposo el duque
de tí celoso está, se ha figurado
que eres tú mi cortejo, y me propuso
que te viese morir á candilazos,
ó que en el vino que beber debias
te presentara un tósigo mi mano.
Un veneno terrible, aquel veneno
cuyo nombre no mas cubre de espanto
la faz de todo el que en Italia sabe
cuantas víctimas ha despabilado.
Jun. Sí, ya estoy, el veneno de los Borjas,
que son incomparables boticarios.
Loc. Ese es el que bebiste. En el bolsillo
siempre á la cinta su remedio traigo,
combinacion secreta que en el mundo,
si no mi hermano y yo y el padre santo,
nadie la sabe hacer. En este pomo
está la vida y la salud, Genaro,
y de la muerte próxima te libra
solo una gota, cuanti mas un trago.

(*Arranca á don Junipero la bolsa que trae á la cintura.*) Aqui tendrá su mercé algun chisme á propósito para que haga el papel de frasquete. (*Saca de la bolsa la cajita de los polvos.*) Esto puede servirme. ¿Tiene buen tabaco?

Junipero. Quieta, muchacha, que no sabes tú lo que es eso.

Locura. Al contrario, amigo don Junipero, sé que estos son los polvos de Celestina, con los cuales hubieras podido perseguir á Garcia y á Teresa, y hacer que mi proteccion resultase inútil. Yo necesitaba despojarte de este precioso talisman, y lo he conseguido.

Junipero. ¡Mentecato de mí!

Esparavan. Señor don Junipero, mirad lo que hemos hecho.

Junipero. Apartad. Restituye tú. Detenedla.

Locura. Ese os detendrá á vosotros. Menéate, estafermo. (*El espantajo hecho con las hortalizas echa á andar, y asustados don Junipero, Esparavan y el portero, huyen en direccion opuesta á la de la Locura.*)

Vista esterior de la venta en que principió el acto. Una galera arrimada á la pared.

ESCENA XIV.

CELESTINA. NICODEMUS.

Nicodemus. Yo creia que Teresa estaria tan segura en el convento como un aceite esencial en una redoma tapada herméticamente.

Celestina. Las esencias se disipan en las redomas, y las niñas en cualquier punto de la corte estan espuestas á la disipacion. Por eso os he aconsejado este viage y que la dejeis conmigo en la casa que acabo de construir á corta distancia de Huesca. No tengais cuidado ninguno en orden á la chica, ya que me confiais su custodia.

Nicodemus. La tal doña Teresita Loreto, mi dichosa cuñada, me tenia ya la paciencia saturada de fastidio. Pero allá en vuestra nueva habitacion, ¿os prometeis conseguir que se case con don Junipero?

Celestina. (*Aparte.* No lo verán tus ojos.) Por lo menos se evitará que se case con Garcia.

Nicodemus. ¿Y por qué no quereis que don Junipero nos acompañe? No parece sino que formais empeño en separarle de su novia y tenerle siempre á vuestro lado. Pues el trato engendra cariño, y vice versa, la incomunicacion no engendra nada.

Celestina. (*Aparte.* Cederé para que no sospeche.) Convengo en que marche con vuesas mercedes, en

lugar de venirse conmigo. Voy á avisarle, y me marcho sola en seguida.

Nicodemus. Ea, pues hasta la vista.

Celestina. Buen viage. (*Aparte al retirarse.* Al cabo Teresa no le quiere, y él sabe que la jornada ha de terminar con nuestro casamiento. *Vase.*)

ESCENA XV.

TERESA. ESPARAVAN.—NICODEMUS. *Luego* D. JUNIPERO.

Teresa. ¿Ahora salimos con esa? ¿Con que segun acaba Esparavan de decirme, lo que se me anunció como una partida de diversion, se convierte en un viage formal?

Nicodemus. Hasta Huesca nada mas, querida. Desde aqui se volverá el coche, y tomaremos aquella galera, que es la que deseábamos alcanzar.

Teresa. Todo eso está muy bien dispuesto, hermanito; pero yo declaro que no pondré en la galera los pies.

Nicodemus. Yo abatiré esos humos de soberbia.

Teresa. ¡Qué! si precisamente lo hago por espíritu de humildad: yo no merezco que mi señor cuñado sacrifique por mí en viage tan penoso su comodidad y su dinero.

Nicodemus. Yo quiero incomodarme: mi médico me dice que necesito un poco de rusticacion.

Teresa. Vuestro médico os adula: demasiado rustiquecido estais. Luego, yo tengo mucho miedo á la pólvora, y en ese carruage va una porcion de municiones.

Nicodemus. Celestina, aunque no nos acompaña, nos asegura de incendios.

Teresa. ¡Buena seguridad nos ofrece! Y si al cabo todas estas idas y venidas han de ser inútiles, ¿á qué porfiar? A fuerza de movilizarme, no se ha de disminuir la aversion que tengo al necio de don Junípero. (*Sale don Junipero acompañado de un mozo que trae una maleta.*)

Junipero. Servidor vuestro. Siempre llego yo á punto para oir mis elogios. Pon en la galera esa maleta, muchacho. (*El mozo lo hace asi y se retira.*)

Nicodemus. Celestina os habrá dicho que vengais con nosotros.

Junipero. Ya se ve que me lo ha dicho, y le he dado mil gracias porque ha tenido la bondad de permitirme que acompañe á la hermosa Teresa, á quien... á quien verdaderamente ya no me atrevo á llamar mia.

Teresa. Y haceis muy bien.

Junipero. Véase una de las cualidades que mas me cautivan en esta chica, su franqueza. A lo menos con una muger asi, sabe uno á qué atenerse. ¿Habeis reparado, maese Nicodemus, que los viages le prueban á Teresita muy bien? Es que me parece mucho mas linda desde la última caminata. (*Aparte.* Desde que me comprometí con la bruja.) Estais bella como una aurora de primavera, fresca como una sequedad, lozana como un administrador de rentas, y seductora como un ascenso. (*Teresa se tapa la boca con el pañuelo.*) ¿Bostezais? Tendreis apetito.

Teresa. Ni apetito, ni sueño.

Junipero. Capaz sereis de decir que es de fastidio, porque no mande sacar un piscolabis. Pero, Teresita, no es pecado tener hambre, teniendo dinero. Esparavan, di que traigan aqui una mesa con algo que echar á perder. (*Vase Esparavan á la posada.*) ¿No os parece bien, maese Nicodemus?

Nicodemus. Sí tal; de buena gana despacharia yo un plato de pisto.

Junipero. ¿Pisto? ¡Qué horror! No hagais tal, maese Nicodemus. Renunciad á la calabaza y al tomate, renunciad á toda hortaliza, por lo menos á la hortaliza fuencarralera, si no quereis esponeros á ser antropófago sin saberlo. (*Esparavan saca la mesa.*)

Nicodemus. No entiendo lo que decís.

Esparavan. Yo me he encargado de poner la mesa mientras la guisandera os hace una fritada.

Junipero. Voy á sacar de mi maleta el cubierto de plata para que se sirva de él Teresita. (*Sube á la galera.*)

Esparavan. (*Poniendo un mantel.*) Me han dado manteles limpios por esta vez, aunque con protesta de que no ha de servir de ejemplar. (*Ocúltase el mantel.*)

Teresa. ¡Desapareció! ¿Será que la naturaleza no permite ropa limpia de mesa en una venta de España?

Esparavan. Pondré otro mantel. (*Lo hace asi, y se repite el mismo juego.*)

Nicodemus. Tambien se marchó. ¡A buena parte hemos venido á parar! aqui hasta los trastos son ladrones.

Esparavan. Este es del mismo carpintero que hizo la papelera que se nos tragó vino y pichones. Va el tercer mantel. (*El mismo juego.*)

Teresa. Se fue con sus compañeros.

Nicodemus. Don Junípero, venid á ver una cosa muy divertida.

Junipero. (*Desde la galera.*) Para diversiones estoy yo que no encuentro mi cubierto de plata, por mas que registro. No parece sino que la suerte se estrella con mi persona.

Voz de Garcia dentro. Estréllate tú solo. (*La pólvora de la galera se prende y estalla, el carruage se despedaza y vuela, don Junipero lanzado por la esplosion, queda pegado en una pared. Al ruido sale de la venta una porcion de gente.*)

Nicodemus. ¡Animas benditas!

Teresa. ¡Ay! ¡qué desgracia!

Esparavan. ¡Dios mio! ¡qué estrago!

Los que salen. ¿Qué ha sucedido?

Nicodemus. Una combustion espontánea. Que mi concuñado... que la galera... es decir que la pólvora... ¿Pero adónde ha ido á parar don Junipero, que no se descubre rastro de su persona?

Esparavan. Miradle, alli está.

Nicodemus. Es cierto, él es. ¡Hecho una plasta!

Junipero. ¡Socorro! ¡favor!

Nicodemus. ¡Calle! Pues no ha muerto, porque aun conserva el habla. Pronto, una escalera para subir á despegarle.

Esparavan. Una escalera. (*La trae el mozo.*)

Nicodemus. Subid, subid: desprendedle con tiento. (*Sube el mozo por la escalera, y desaparece don Junipero del sitio donde estaba, pasándose al lado opuesto.*)

Esparavan. A la derecha, hombre, á la derecha.

Nicodemus. Al otro lado, torpe. (*Ponen la escalera al otro lado; desaparece tambien don Junipero y se pasa al medio de la pared.*)

Muchas voces. Al centro, enmedio.

Nicodemus. Vamos, tú no sabes lo que te pescas: yo le descolgaré. Tenedme la escalera firme, y vereis... (*Al tocar Nicodemus á don Junipero, desaparece este.*) *Volaverunt.*

Esparavan. Buen viage, amigo; escribid en llegando.

Nicodemus. ¡Pobre concuñado mio! De esta vez ya podemos cantar por él el *requiescat in pace.*

Teresa. Yo ofrezco una novena por la salud de su alma, con tal que no le volvamos á ver el cuerpo.

Nicod. ¡Junipero! Á tus míseros despojos
consagrará mi fé *kiries y oremus*:
tu pérdida le pone á Nicodemus
miedo en el corazon, llanto en los ojos.
(*Vanse.*)

La sala en que principió el acto.

ESCENA XVI.

D. GARCIA, *disfrazado de peregrino viejo, con barba larga, esclavina adornada de conchas, y en la mano un bordon de estoque.*

Facilitó Celestina
mi proyecto con su ausencia:
sus polvos, que la Locura
pudo lograr que volvieran
á mi poder, alejaron
al galan de Fuentidueña.
Ya solamente me falta
llevarme de aqui á Teresa.

ESCENA XVII.

NICODEMUS. TERESA. UN MOZO.—D. GARCIA.

Nicod. ¡Pobre hidalgo! ¡pobrecito!
Se quedó como una oblea,
y una bocanada de aire
le hará dar mil volteretas.
Todas son calamidades
para el que una vez se estrella.
No hay consuelo para mí...
si no me sacan la cena.

Mozo. Consuélese, buen señor;
que voy al punto por ella. (*Vase.*)

Garcia. Guárdeos el cielo.

Nicod. Y á vos.

Teresa. (*Aparte.*) ¿Qué voz oigo? Me penetra
el alma.

Nicod. Hermano conchudo,
¿adónde peregrinea
vuesa merced?

Garcia. A Loreto.

Teresa. (*Aparte.*) Él es.

Nicod. ¿Y se llama...?

Garcia. Esteban
Chirinola.

Nicod. ¡Hombre! ¡qué diantre!
Yo me llamo Chirinela.

Garcia. Por muchos años. En gracia
de lo poco que discrepan
los apellidos de entrambos,
vuestra bondad me conceda
su compañia esta noche,
si ha de dormir en la venta.

Nicod. No tengo dificultad;
pero, camarada, advierta
que es con una condicion.

Garcia. ¿Cuál?

Nicod. Que no le doy mi mesa.

Teresa. Yo os la doy, buen peregrino.

(*Dos mozos sacan una mesa aparada y con luces, y la colocan enmedio del teatro.*)

Garcia. Caritativa doncella,
no tengais por mí cuidado:
yo cenaré lo que quiera.
Mozo. ¿Cómo? ¿por amor de Dios?
Garcia. Por amor de la moneda.
Teresa. Una mesa para mí:
yo no me siento á la vuestra. (*A Nicod.*)
Garcia. Ni yo.
Nicod. (*Sentándose.*) Pues que traigan otras,
que yo me apodero de esta.
Siéntese el buen Chirinola
donde mejor le parezca.
Garcia. Todo puede componerse.
¿Vuesa merced se contenta
con la que tiene?
Nicod. Sí tal.
Garcia. (*A Teresa.*) Venid vos á la derecha,
y yo pasaré á ese lado.
(*Tira de la mesa, primero por un estremo y luego por otro, y por cada lado sale otra mesa con viandas y luces, quedando sin nada la de enmedio, á la cual está sentado Nicodemus. Garcia y Teresa se sientan y comen.*)
Teresa. ¡Bien, muy bien!
Nicod. (*Levantándose.*) ¿Con que me deja
sin nada el buen Chirinola?
Garcia. Siéntese el buen Chirinela.
Nicod. (*Aparte.* Este es brujo.) Una racion,
chico.
Mozo. Agoté la despensa
para esos platos, señor.
Nicod. ¡Por vida!
Garcia. Sin jurar.
Nicod. Sea.
Hija, dame tú cuartel,
porque el dolor y la pena
de ver á tu pobre novio
lanzado de la galera,
y estampado en la pared
como pellon de manteca,
me dió tan fiero apetito,
que pienso que me comiera,

sin satisfacer *in totum*
mis gástricas exigencias,
la provision del banquete
del rey Baltasar completa.

Garcia. Como llegueis á tocar
una vianda tan siquiera,
con mi estoque...

(*Desenvaina el de su bordon: Nicodemus se levanta asustado.*)

Nicod. Bien está.
(*Aparte.* Brios el barbudo muestra.)
Perdone el buen Chirinola.

Garcia. Ayune el buen Chirinela.

Nicod. (*Aparte.* Peregrino y viejo, debe
de ser hablador por fuerza:
le haremos que charle, á ver
si su apetito se templa,
y á mi estómago infeliz
alza la terrible veda.)
Vuesarcé de sus viajatas
podrá contar muchas nuevas.

Garcia. Sí.

Nicod. Diga usarced: ¿ha estado
alguna vez en Judea?
En la tierra santa.

Garcia. Sí.

Nicod. Lacónico es de respuestas
usarced.

Garcia. Sí.

Nicod. (*Aparte.* ¡Cómo traga!)
¿Y hay tambien en esa tierra
boticarios?

Garcia. Sí.

Nicod. ¿Qué tal
les va por allá? ¿Pelechan?
¿Son ricos?

Garcia. Se mueren de hambre.

Nicod. Desgracia es de que se queja
tambien aqui alguno.

Garcia. Ya.

Nicod. Escamónea de la buena
necesito, (porque yo

tengo una botica en regla)
y me alegrára infinito
de entablar correspondencia
con un profesor de allá.
Si vuesarced conociera
por acaso á quien pudiese...

Garcia. Sí, yo conocí un babieca,
tutor de una hermosa joven,
honrada, amable, discreta,
viva imagen de la dama
que enfrente de mí se sienta.

Teresa. Gracias. Lisonjero sois.

Garcia. Cobró aficion á un poeta...

Nicod. ¿Quién? ¿el tutor?

Garcia. La pupila.

Nicod. ¿Tambien hay allá tontuelas
que se enamoran de coplas,
como hacen las madrileñas?

Garcia. Un hidalgote cerril
le quiso la preferencia
disputar...

Nicod. ¡Qué! ¿Tambien hay
en Palestina nobleza?

Garcia. Y el boticario tutor,
que usurpaba sin conciencia
los bienes de su pupila,
hombre soez, alma hebrea...

Nicod. (*Levantándose.*) Por Dios, señor Chirinola...

Garcia. Siéntese el buen Chirinela.

Nicod. ¿Con que decia usarcé...?

Garcia. Que vuestro digno coléga
negó al ingenio la dama,
y la vendió á la riqueza.

Nicod. ¿Y el ingenio se hizo brujo
por llevarse la prebenda?

Garcia. Sí, y aunque ya le sobraba
poder para echar en tierra
del rival y del tutor
la ridícula soberbia,
y vengar la tropelía
que sufrió su dulce prenda,
se contentó generoso

con resistir la violencia,
y oponer á los rigores
ardides y estratagemas.
Pero viendo en sus contrarios
cada vez furia mas ciega,
cerró por fin los oidos
á la paz y la clemencia,
y ya de furor armada
levanta por fin la diestra.
Él á incógnitas regiones
al necio rival aleja;
él se disfraza el semblante,
y ante el tutor se presenta,
le confunde con su acento,
se burla de su impotencia,
y al descubrirse le dice:
«mentecato, mira y tiembla.»

(*Desaparecen los vestidos de disfraz que trae Garcia, y queda en su trage ordinario: Acércase á Teresa y la coge de la mano.*)

Nicod. Ya miraba yo y temblaba
sin que ucé me lo dijera.

Teresa. ¡Garcia!

Garcia. Sigue mis pasos.

Nicod. (*Aparte.*) No hay remedio: ¡se la lleva!

Garcia. A Dios, y véngame á ver
cuando yo á la corte vuelva;
que me ha dado ciertamente
buen rato el buen Chirinela.

Teresa. Véngame tambien á ver
á mí con toda franqueza;
que en el banquete de boda
le doy mi formal promesa
de indemnizarle esta noche
de involuntaria abstinencia.

Nicod. Dios os guarde.

Garcia. No acompañe.
Quédese el buen Chirinela. (*Vanse.*)

Nicod. ¡Cielos! ¡que á un tutor le roben
su pupila en una venta,
y que él no pueda romperle
al robador la cabeza!

Busquemos á Celestina,
sigamos el viaje á Huesca,
sírvase de su poder
para vengar justiciera
los ultrajes que ha sufrido
mi dignidad farmacéutica. (*Vase.*)

Isla de la Locura: jardines deliciosos por ambos lados, y en el fondo un palacio de oro con escalera de plata. Por las puertas y balcones del palacio se ve pasar un tropel de máscaras. La Locura aparece en un trono de follaje; Garcia y Teresa vienen en un carro tirado por infinitas mariposas.

ESCENA XVIII.

LA LOCURA. TERESA. GARCIA.

Locura. Venid, venid en buen hora, amantes perseguidos, pero siempre vencedores: ya estais en parage donde podeis descansar de vuestras fatigas.

Teresa. ¿Dónde nos hallamos?

Locura. En una isla, capital de mis dominios.

Garcia. ¿Y á qué nacion pertenece esta isla?

Locura. A mi favorita la Francia. (*Suena música.*) Pero este rumor me anuncia que se han cumplido mis órdenes y va á principiar la funcion dispuesta para festejar vuestra llegada. Súbditos mios, descendencia de Jano, divertid á mis huéspedes. (*Sale una comparsa de figuras de dos caras, que ejecutan un baile caprichoso, acabado el cual, entre rayos y truenos se incendia el palacio, y se presenta Celestina sobre un grupo de serpientes detras del trono de la Locura. Huyen todos.*)

ACTO TERCERO.

Hornos de una fábrica de carbon : en el centro un monton de leña ardiendo; otros montones de carbon ya hecho, á los lados. Forma la embocadura un arco perteneciente á la fábrica.

ESCENA PRIMERA.

CARBONEROS, *bebiendo y cantando. Despues* NICODEMUS.

Un carbonero. (Canta.)
La lumbre del horno
mi aliento sofoca,
me seca la boca,
me abrasa la piel.
Pero este bochorno
bebiendo lo paso:
llenemos el vaso,
y arriba con él.

Todos los carboneros.
La lumbre del horno
las fuerzas apoca,
reseca la boca
y abrasa la piel.
En este bochorno
beber es el caso:
llenemos el vaso,
y arriba con él.

Un carbonero.
No será carbonero de fama,
quien no fuere gentil bebedor:
con el vino no siente la llama;
sin el vino, le rinde el calor.

Todos. Para ser carbonero de fama,
se requiere ser buen bebedor:

con el vino no quema la llama ;
sin el vino... ¡Jesus! ¡qué calor !

Nicodemus. (*Saliendo.*)
Dios os guarde , mancebos.

Un carb. Igualmente.

Nic. ¿Habeis visto cruzar por el camino
una figura de carton viviente,
un hombre recortado en pergamino ,
un hidalgo que nueva maravilla ,
vuela con rapidez hecho tortilla ,
y convertido en estension sin peso ,
ancho y largo hay en él , y falta el grueso?

Carb. Por las señas que ucé nos proporciona ,
no es facil atinar con la persona.
Yo conozco de hidalgos un enjambre,
ya tan avitelados por el hambre,
que cuando al sol pasean,
lo mismo que espejuelo se clarean.

ESCENA II.

D. JUNIPERO. — DICHOS.

Junipero. (*Saliendo con el pelo ardiendo de entre el monton de leña encendida.*)
¡ Fuego , fuego ! Que avisen á la villa.

Todos. ¿Qué es esto?

Jun. (*Sacudiéndose la cabeza con las manos.*)
Que se quema mi buhardilla.
Socórranme, señores ;
embarguen ochocientos aguadores ,
que al impulso movidos de una tranca ,
dejen en soledad á Mari-blanca
Rieguen por Cristo mi cabeza á mares.
Traigan en una cuba á Manzanares.

Carb. Vaya , que no es el fuego para tanto.
Basta un puchero.
(*Le arroja un puchero de agua á la cabeza.*)

Jun. Gracias.—El tal rio
quizá no llene dos en el estío.

Nic. ¡Don Junipero!

Jun. ¡ Insigne Chirinela !

Nic. ¿Cómo hasta aqui vinisteis?
Jun. Por encanto.
Si de hechizos jamas libre me veo.
Cuando no se me empluma, se me pela.—
¡Ya me apagué! mas juraré que humeo
¿Dónde me dejo ver con esta calva?
Nic. En el riesgo de ser carbonizado,
no repara en pelillos quien se salva.
Jun. Es verdad; pero en todas ocasiones
triste papel hacemos los pelones.
¿Y Teresa?
Nic. No sé. Me la han robado,
y si robar se deja una doncella,
luego solo el demonio sabe de ella.
Mas ¿de dónde venis?
Jun. Vengo... Me olvido
de que debo decir que soy venido.
Parte en mis viages yo ninguna tengo;
luego en todo rigor, si bien lo apuro,
me vienen y me van, no voy ni vengo.
Nic. ¿Dónde, cuando escapasteis desde el muro,
en forma tan incierta,
que cantamos por vos el *de profundis*,
hicisteis alto?
Jun. En una isla desierta,
que nunca figuró en los mapa-mundis.
Allí me recibieron al momento
con los brazos abiertos á porfia.
Nic. La isla desierta, ¿poblacion tenia?
Jun. ¡Jesus, maese! poblacion sin cuento.
Capital del imperio de los locos,
digo, ¿serán sus moradores pocos?
Nic. ¡Oh! si la corte de los locos era,
os debieron hacer los habitantes
acogida cordial sobre manera.
Jun. Son aquellos señores muy galantes,
y con tal que asesinen á un cristiano,
luego le dan benéficos la mano.
Nic. Filantropía singular es esa.
Jun. No es otra la política francesa.
Viniéronse hoy á mí muy afanados
mas de cien matachines titulados,

y al verme comprimido de aquel modo,
volúmen nada, superficie todo,
cada Galeno súbito ambiciona
ser el restaurador de mi persona.
Cércanme en derredor, citan latines,
sacan lancetas, abren botiquines,
me revuelven, me suben y me bajan,
me pinchan y me sajan,
y con piedad cruel me dan tormento,
por curarme de un mal que yo no siento.
Harto ya de sufrir, doy un arranque,
me zampo de cabeza en un estanque,
me esponjo con el agua, me dilato,
y á despecho de tanto mentecato,
en mi estado repóngome yo mismo,
sin deber á la Francia un sinapismo.

Nic. ¡Muy bien!

Jun. Pero ¡ay amigo! ¡qué severa
es la cólera médica estrangera!
La facultad se enoja
de que yo sin su ayuda me recobre
con un baño no mas dè agua salobre;
tras mí la turba con furor se arroja,
me soplan en el hueco de un carrasco,
plantan el árbol luego en un mortero,
llegan la mecha, ¡bom! vuela el madero,
caigo sobre un peñasco,
me pilla un carbonero,
me encaja en una hoguera el muy canalla,
rájase el leño del calor y estalla,
salgo á medio tostar cual habeis visto,
me cogeis, me apagais... *Laus tibi Christo.*

Nic. ¡Y qué resolucion tomar debemos,
ya que de mi cuñada no sabemos?

Jun. Eso me desatina.
(*Aparte.* Me perdió la maldita verdulera.
¿Quién otra vez tuviera
los polvos de la madre Celestina?)

Nic. Discurrid.

Jun. Discurramos. Por mi voto,
lo que en este momento nos conviene...

Nic. Decid, hablad.

Jun. A lo que observo y noto,
ninguna duda tiene
que...
Nic. ¿Qué?
Jun. Que hace calor.
Pues bien, corriente;
cuando tanto calor el cuerpo siente,
todo el que sabe bien lo que se pesca...
Nic. O se baña ó refresca.
Jun. Si; pero es mas barato y da mas prisa
el quedarse uno en mangas de camisa.
(*Quítase la ropilla y cinco ó seis justillos. Nicodemus se aligera de ropa tambien.*)
Nic. ¿Todo eso discurrió vuestro talento
para calmarme la inquietud que paso?
Jun. No diré que es sublime pensamiento;
mas no me negareis que viene al caso.
Nic. Andais, señor hidalgo, abrigadillo.
Jun. Para aquí sí, para Madrid es poco.
Nic. ¿Cuál viene á ser el último justillo?
Jun. Azul es el primero que me emboco.
Nic. Y quitado el azul, que aun no le veo,
¿qué queda? ¿algun espárrago? ¿un fideo?
Jun. ¡Ay maese! esa lumbre me devora.
Marchémonos: aqui me derritiera.
Daria no sé qué por verme ahora
dentro... ¿dónde diré? de una nevera.
(*Conviértense los montones de carbon en montones de nieve, y descúbrese en el fondo una laguna helada sobre la cual resbalan unos muchachos. A un lado una cabaña. Los vestidos de don Junipero y Nicodemus vuelan.*)
Nic. Vaya, que os sirven á pedir de boca.
¡Voto á cribas!
Jun. ¡Señor! ¿no es cosa fuerte
que cojan la palabra de esta suerte?
Nic. Sí, ¡valiente bicoca
el coger la palabra hubiera sido!
Pero, ¿y el cogimiento de vestido?
Jun. ¡Hif! ¿Cómo estais?
Nic. Mas fresco que un algibe.
¿Y vos?

Jun. Hecho un carámbano ambulante
desde cráneo á talones inclusive.
Pero allí hay una choza, que presumo
que lumbre ha de tener, si no se engaña
el refran que decimos en España,
de que sin duda hay fuego donde hay humo.

Nic. El señor nos depare hombre que sea
tan bueno que de ropa nos provea.

Jun. ¡Ah de casa!
(Llama à la puerta de la cabaña.)

ESCENA III.

GARCIA, *que sale de la cabaña con capa y sombrero de labrador y embozado hasta los ojos.*—DICHOS.

Gar. ¿Quién es?

Jun. Dos infelices,
que de frio nó sienten las narices.

Gar. ¿Qué se ofrece?

Jun. Ofrecer... Nada tenemos
sino frio; si os gusta, partiremos.

Gar. Al caso, sin hacer el resabido.

Jun. Pues digo que no ofrezco, sino pido.

Gar. Vaya, ¿y qué es lo que piden?

Jun. Hospedage.

Gar. Que sepa con quien hablo es necesario.

Jun. El señor es un triste boticario;
yo caballero soy de alto linage;
pero este frio que la sangre hiela,
la diferencia entre los dos nivela,
porque en paños menores
iguales son plebeyos y señores.

Gar. Voacedes, caballeros,
tienen traza de locos ó rateros
que tratan de robar.

Nic. Nuestros pecados
nos hicieron venir á ser robados.

Jun. Veis que corre un ambiente que traspasa;
con que abridnos la puerta de la casa.

Gar. Gente que no conozco, no la admito.

Nic. Por caridad...

Gar. Que no.
Jun. No alceis el grito.
Gar. Me da la gana.
Jun. Sepa el zamacuco
que si en negar porfia,
y se vuelve la súplica combate...
somos dos, y formamos mayoria.
Gar. Entonces habrá empate;
que tambien somos dos yo y mi trabuco.
(*Saca un arma de fuego que ocultaba debajo de la capa, y apunta á don Junipero.*)
Largo de aqui á buen paso,
porque si no, de un tiro los abraso.
Jun. Ese es ya mucho abrigo.
Nic. Calentarnos bastaba.
Jun. Adios, amigo.
Gar. (*A los muchachos que están corriendo sobre la laguna.*)
Arrojadme á esa gente aventurera,
chicos; porrazo en ellos.
Much. Fuera, fuera.
(*Apedrean con bolas de nieve á don Junipero y Nicodemus, y vanse tras ellos.*)

Un lavadero: campo en el fondo; en los tendederos ropa colgada.

ESCENA IV.

CELESTINA. TERESA. ESCUDEROS. LAVANDERAS, *ocupadas en su labor.*

Celestina. Adelante, niña, adelante digo.
Teresa. ¿Por qué me llevan presa vuestros escuderos, madre Celestina? ¿qué mal os he hecho yo?
Celestina. El mayor que pudieras: privarme de dos amantes, de dos maridos.
Teresa. ¿Con cuántos queriais casar á la vez?

Celestina. Tú tendrás la culpa si me quedo sin ninguno. A mi edad no se perdonan tales agravios.

Teresa. En efecto: á nada que os descuideis, el entierro no dejará lugar á la boda.

Celestina. No hay que fiar tanto en la juventud: mas mueren jóvenes que viejos.

Teresa. Pues de los viejos no queda uno.

Celestina. Guarde respeto á mis canas la bachillera.

Teresa. Vos sois la que debe respetar mis derechos. No tengo yo la culpa de que Garcia y don Junipero me hayan querido; no la tengo de que los hayais querido vos; no la tengo de que me prefieran á vos tampoco. Vos habeis tratado de usurparme mi amante, y yo deberia quejarme de vos, si vuestra competencia fuera temible. Pero, madre Celestina, dos novios hay y dos somos nosotras: abandonemos cuestiones poco decentes. Casaos con el don Junipero, y dejad en paz á Garcia.

Celestina. Garcia no ha querido ser feliz conmigo, y yo no quiero permitir que lo sea con nadie. En la vida volverás á verle: á mi lado estarás siempre allá en el palacio que ha construido mi saber para celebrar mis desposorios. Vamos, que cerca estamos ya de él.

Teresa. ¿Y no recelais algun peligro de tenerme en vuestra casa? Don Junipero me quiere tambien: viéndome á vuestro lado, decid, ¿os favorecerá mucho el contraste?

Celestina. Yo respondo de él y de tí.

Teresa. Gracias por lo que toca á Garcia.

Celestina. Vamos. (*Vanse. Oyese tocar una guitarra y algazara de voces y risas.*)

ESCENA V.

GARCIA. ESTUDIANTES. LAVANDERAS. — LAS LAVANDERAS *de la escena anterior.*

Estudiantes. Bien, bien: siga el jaleo. Vivan las lavanderas.

Lavanderas. Vivan los estudiantes.

Estudiante 1.º *Domina lavatrix, tibi oportet bailare mecum.*

Estudiante 2.º Talegos á tierra, y alto á bailar.

Garcia. Bien está que os divirtais; pero no olvideis lo que habeis prometido á un antiguo cursante de las aulas de Huesca. Es preciso alborotar la boda de don Junipero y Celestina.

Estudiante 2.º Todavia no ha venido el novio al palacio; con que no será tan pronto la ceremonia. Pierde cuidado, que no se librarán de la broma dispuesta.

Estudiante 1.º *Cencerradam habebunt. Accipe guitarram, magister.*

Estudiante 2.º Que toque y que cante.

Estudiantes. Sí, sí; que cante. (*Tocan y bailan.*)

Estudiante 3.º (*Cantando.*)

En el *arte* de querer
á mi niña doy lecciones;
pero no la puedo hacer
estudiar conjugaciones.

Estudiante 2.º ¡Bravo!

Estudiante 1.º *¡Rectè, pulchrè, optimè!*

Estudiantes. Otra, otra.

Estudiante 3.º En llegando al verbo *amar*
siempre dice que es oscuro:
nunca sabe principiar
ni el presente ni el futuro.

Estudiantes. Otra: la última.

Estudiante 1.º *Finis coronabit opus.*

Estudiante 3.º Si la voy á corregir,
me responde muy formal
que ella no quiere salir
del tiempo condicional.

Garcia. Me parece que ya basta de diversion: acerquémonos al palacio.

Estudiante 2.º Sí, vamos. Adios, muchachas.

Estudiante 1.º *Valetote, puellæ.*

Lavanderas. Con Dios, señores. (*Vanse Garcia y los estudiantes.*)

ESCENA VI.

LAVANDERAS. *Despues* D. JUNÍPERO *y* NICODEMUS.

Lavandera 1.ª (*Acercándose á los bastidores de la derecha.*) Tomasillo, arrea esa bestia para que descarguemos aqui los talegos. (*Sale un niño guiando á una caballeria que tira de un carrito de cuatro ruedas cargado de ropa. Tres lavanderas forman corro y hablan aparte.*)

Lavandera 2.ª ¡Qué ufana está la Sidora porque trae la ropa en un carricoche!

3.ª Ya, si cada una de nosotras tuviese un cortejo carretero y otro chalan y otro labrador, á nenguna nos faltaria carruage, ni caballería, ni pienso.

2.ª ¡El demontre de la invencion!

4.ª No se debia consentir que se alterasen de este modo los estilos del lavadero. (*Salen don Junipero y Nicodemus corriendo.*)

Junipero. (*Empujando á Nicodemus.*) Corred mas, corred; asi entraremos en calor.

Nicodemus. Si no puedo con mi alma. ¡Huf! Vos acabais conmigo.

Lavandera 1.ª ¿Qué os sucede, buen viejo?

Junipero. ¿Qué le ha de suceder? Que se le figura que está cansado y no quiere andar. ¡Hihihi! ¡qué frio hace! en parándome, me hielo.

Nicodemus. ¿Qué ha de hacer frio? Aprension vuestra: es que se os figura y nada mas.

Lavandera 1.ª La verdad, sus mercés andan un poco á la ligera. ¿Vienen de echar algun partido de pelota?

Junipero. No; pero han andado á pelotazos con nosotros.

Nicodemus. Si permitiéseis que me llevaran en ese carrito hasta el pueblo...

Junipero. Si me diérais en préstamo una mantita para arroparme...

Nicodemus. No os podriamos pagar ahora, porque mi dinero se fue con mi ropilla.

Junipero. Cierto que no podemos pagar á toca teja; pero yo os dejaria en prendas á este prójimo, que es una buena alhaja.

Nicodemus. Yo soy un boticario rico de Madrid.

Junipero. Tiene rolliza espalda, y por lo pronto, podria serviros de mozo de cordel.

Lavandera 1.ª Me acomoda. Ea, subid vos en el carro, y tomad vos esta manta. (*Da una á don Junipero.*)

Junipero. ¡Oh lavandera magnánima!

Lavandera 1.ª Tomasillo, ven, te diré por qué camino has de llevar al señor. Cuidad entre tanto vos de mi ropa. (*Nicodemus ocupa el carro, y se van con él la lavandera y el niño.*)

Junipero. Desde que no siento tanto el frio, me parece que voy entrando en calor. ¡Ay qué hijo tan desgraciado parió mi madre! ¿Por dónde andará á la hora de esta mi novia Celestina, que no se acuerda de su novio? Verdad es que yo tampoco me acuerdo de ella mucho que digamos. Si cuando nos casemos es lo mismo que ahora, vamos á vivir en una paz octaviana. No viéndonos, ¿cuándo hemos de reñir?—Saben su oficio estas lavanderas: dejan la ropa de color blanca como la nieve. (*La ropa desaparece.*)

Lavandera 1.ª (*Saliendo.*) Ya va para mi casa ese buen hombre. Pero, hidalgo, ¿y mi ropa?

Junipero. ¿Qué ropa decís?

Lavandera 1.ª La que dejé á este lado.

Junipero. ¡Calle! pues en efecto que ha desaparecido. Se la habrá llevado el aire.

Lavandera 1.ª ¿Qué aire, si no se mueve un pelo? Vos la habreis ocultado.

Junipero. ¿Cómo se entiende? Que me registren, que me reconozcan.

Lavandera 1.ª ¡No que no! Compañeras, ayudadme á espulgar á este pícaro que me ha robado.

Junipero. Yo no he robado á nadie: ya quisieran ellas tener las manos tan nítidas como yo la conciencia. (*Las lavanderas rodean á don Junipero.*) Eh, cuidado como se hurga, que tengo cosquillas. (*Las lavanderas sacan á don Junipero de*

entre la ropa que tiene puesta, las prendas que dicen.)

Lavandera 1.ª ¿No lo decia yo? Debajo de la camisa tenia una toalla.

Junipero. ¡Dios mio!

Lavandera 2.ª Y una mantilla.

Junipero. ¡Santa Orosia!

Lavandera 3.ª Y unos calzoncillos.

Junipero. ¡Animas benditas!

Lavandera 4.ª Y unas medias blancas.

Junipero. Esa es mas negra.

Lavandera 1.ª Y una sábana. Es un ladron.

Todas. A la cárcel.

Lavandera 1.ª No señor, hagámonos justicia por nuestra mano. Démosle un buen jabon en el lavadero.

Todas. Sí, al lavadero, al agua con él. *(Don Junipero consigue escaparse de ellas: síguenle todas.)*

Plaza de aldea: una casa de mediana altura en el fondo.

ESCENA VII.

ESPARAVAN. CIGARRON.

Esparavan. ¿Estais persuadido, en efecto, amigo Cigarron, de que hemos hecho bien en mudar de amo?

Cigarron. Lo estoy, y vos debeis estarlo igualmente, porque habiéndome encargado yo de pensarlo por vos, estais vos obligado á creerlo por mí.

Esparavan. Corriente: creo y confieso que hemos hecho bien en entrar de criados de doña Celestina.

Cigarron. Por mil razones: la primera, porque nos conviene.

Esparavan. Omitid las demas.

Cigarron. Si es bruja nuestra ama, si mañana pueden retirarle su salvo conducto y soplarla en la casa negra, ¿qué nos importa á nosotros eso?

Esparavan. ¿Y si nos llevan á hacerla compañia?

Cigarron. Mientras estemos alli, no tenemos que buscar acomodo. Nos preguntan lo que sabemos; lo declaramos: nos preguntan lo que no sabemos; lo afirmamos como si lo supiéramos: nos preguntan lo que sabemos que es mentira; decimos que es verdad: nos dan por buenos confitentes, nos echan á la calle y á nuestra ama á la hoguera. A ella podrá este porvenir escocerle un poco: á nosotros ¿qué?

Esparavan. Me convenceis. Y en conciencia, ¿podria yo cumplir el encargo que he recibido? ¿Podria yo matar á palos á maese Nicodemus, si le encontrara, segun ha mandado Celestina?

Cigarron. Apalearle seria una villanía.

ESCENA VIII.

NICODEMUS *en el carro.* EL NIÑO, *guiándole.*—DICHOS.

Nicodemus. ¡Ay! ¡ay! Si este era el camino mejor empedrado, ¿cómo es el otro, buen Dios?—¿Llegamos ya á tu casa, angelito?

Niño. Poco falta.

Cigarron. (*Hablando aparte con Esparavan.*) Ahi le teneis: emprended con él.

Esparavan. ¿No me habeis dicho que no le toque?

Cigarron. Con palo no; pero con hierro es muy diferente.

Esparavan. ¿Quereis que á mi maestro...?

Cigarron. Al maestro, cuchillada.

Esparavan. Teneis razon: los refranes son evangelios.

Nicodemus. ¡Ay! ¡qué malo me siento! Mejor seria mil veces que le mataran á uno.

Esparavan. Será ucé servido: allá voy. (*Parte de una cuchillada á Nicodemus por medio del cuerpo y al carro, de cuyos juegos tira cada uno por lado distinto.*) ¡Soberbio filo tiene vuestra espada! ¿Sabeis que me he quedado con apetito de dar otro golpe con ella? Voy á descabezar á mi ex-maestro donde le halle.

ESCENA IX.

D. JUNÍPERO.—CIGARRON. ESPARAVAN.

Junipero. Eh, eh, Cigarron, Esparavan; aguardarse.

Cigarron. ¡Señor don Junipero!

Esparavan. ¡Señor nuestro! ¡qué mal pergeñado venís!

Cigarron. Nosotros os andábamos buscando de orden de Misa doña Celestina. Solo á vos esperan para el desposorio. Venid á tomar posesion del palacio que vuestra novia os ha fabricado.

Junipero. Este trage me parece que no es el mas á propósito para una toma de posesion. Id á casa, y traedme un vestido y una cabellera.

Esparavan. Al momento: podeis esperarnos en esa casa, que pertenece tambien al palacio.

Junipero. Mil cosas á mi novia. Que no tenga prisa para ir á la iglesia: es de mal tono. (*Vanse Esparavan y Cigarron.*)

ESCENA X.

D. JUNÍPERO, *y luego* LA LOCURA.

Junipero. Cuanto mas pienso en que voy á casarme con un cronicon de la edad media... Pero dicen que estas cosas no se deben pensar. Ya no me incomoda el frio; pero me molesta el hambre: pidamos un refrigerio. (*Llama á la casa del fondo.*) Buena gente.

Locura. (*Saliendo.*) ¿Qué teneis que mandar, caballero?

Junipero. ¿Sois dependiente de la ilustre dama doña Celestina?

Locura. Para serviros.

Junipero. Decís bien que para servirme, porque soy el que está en capilla...

Locura. ¿Para ser ajusticiado?

Junipero. Para ser su marido. (*Aparte.* Allá se va todo.)

Locura. ¿En qué puedo complaceros?

Junipero. En sacarme una botella de lo añejo y una friolera que comer. Un pernil me basta.

Locura. Mis chicas os van á servir al instante. (*Vase.*)

Junipero. ¿Hácia dónde estará mi palacio? ¡Ah! ya le veo. Algo mas vale que el castillo de Fuentidueña. Los jardines se pierden de vista. (*La casa del fondo se agranda.*) Pues señor, en una mansion llena de comodidades, como aquella será, y por aqui que no faltarán muchachitas... (*Salen de la casa dos gigantas trayendo una mesa de tres varas de altura.*) ¡Jesu Cristo! ¡qué par de patagonas!

Una giganta. (*Con voz estentórea.*) Comed, y buen provecho.

Junipero. Pues digo, ¡la vocecita es suave!—¿Quién diablos alcanza á ese tinglado que habeis traido? Lleváoslo con mis satanases. (*Las gigantas se llevan la mesa, y luego que han entrado en la casa, esta se achica hasta un tamaño muy reducido.*) Mi muger me obsequia perfectamente: ¡ponerme la merienda poco menos que en el alero de un tejado! Mas tarde ajustaremos cuentas. Bien que he sido un gaznápiro; si me sacaban una racion proporcionada al volúmen de las camareras, ¿qué perdia yo? Hubiera pedido una escalera, y me hubiera puesto como un Helio Gábalo. Digo, ciudadanas campanarios... A Dios; ahora tenemos una casita de nacimiento. (*Sale de ella una enanita.*)

Enana. ¿Qué manda su mercé?

Junipero. No, pues yo he de tomar algo aqui, sea como fuere. Hermanita Lapona, deme usarcé de merendar.

Enana. Será su mercé servido. (*Vase.*)

Junipero. De seguro que me van á presentar un pájaro-mosca, ó alguna pata de cangrejo. (*Sacan dos enanas una mesita con una botella y un plato muy pequeños, retirándose en seguida.*) ¿A ver si decia yo bien? Ahítate, gloton, con pasa y media. Si aqui no hay para un diente. Me tendré que poner de rodillas, si he de estar con comodi-

dad, y será esta la vez primèra que he podido comer algo fuera de mi casa.

ESCENA XI.

ESPARAVAN. CIGARRON. PAGES *y* ESCUDEROS.— D. JUNÍPERO. *Despues* CELESTINA *y* ACOMPAÑAMIENTO.

Esparavan y Cigarron. (*Levantando á don Junipero, y dejando caer la mesa.*) ¡Señor, señor!

Junipero. Ya me parecia á mí que el banquete no seria largo.—¿Qué diablos quereis?

Esparavan. Vestíos corriendo, que viene ya mi ama con toda la comitiva para la boda.

Junipero. (*Aparte.*) ¡Dios nos asista!

Cigarron. Tomad el ropon. Está magníficamente bordado: es obra de vuestra esposa.

Junipero. Es cosa de gusto. Pero la cabellera me agrada mas: este color me hace mucha gracia en el pelo y en las medias.

Esparavan. Os cogió ese gusto de pies á cabeza. (*Sale Celestina con acompañamiento de damas, caballeros y dueñas.*

Celestina. Espóso, vos seais bien venido. (*Aparte á él.*) Teneis la cabellera torcida. (*Don Junipero se tira la peluca á un lado.*)

Un caballero. Lo mismo digo, señor don Junipero.

2.° Lo mismo digo.

3.° Repito lo propio. (*Don Junipero se da vuelta á la peluca hasta ponérsela al revés.*)

Junipero. ¡Qué diablos! ¿Quieren vuesas mercedes que me traiga las melenas á las narices?

Celestina. Estos caballeros daban la bien venida, no bablaban de mas. Vamos al templo.

Junipero. ¡Ay! Vamos allá.

Celestina. ¿Qué ruido es este?

ESCENA XII.

D. GARCIA. ESTUDIANTES, *haciendo estrépito con sartenes, cazos, almireces y cencerros.*—DICHOS.

Junípero. ¡Huy! ¡qué cacofonía!
Celestina. Esposo, alejad de aqui á esos impertinentes.
Junipero. Cigarron, ya lo ois, echád de aqui á esa chusma.
Celestina. Acometedlos, esposo; mi poder os protege.
Junipero. Seguidme, caballeros: á ellos.
Caballeros. Á ellos. (*Don Junipero y los caballeros desenvainan las espadas y acometen á los estudiantes; algunos de estos sacan armas tambien y combaten; otros continúan la cencerrada.*)
Garcia. Ya te encontré por fin, cobarde: lidia conmigo.
Junipero. Poco á poco; deje usarced que haga corage.
Celestina. Lidiad con él; yo os defiendo.
Junipero. Pues bien, lidiemos. (*Acometiendo á Garcia.*) Tu hora ha llegado. ¿Te retiras, eh? No te librarás de la muerte. Ahi está. (*Don Garcia se va retirando de don Junipero; aparece en el foro un dragon enorme que se traga al poeta.*) Si no se lo engulle ese bicho, me le sorbo yo. (*Persiguiendo á los estudiantes y obligándolos á arrojarse por la boca del dragon.*) Canallas, allí, allí dentro todos, á pagar la burla que me habeis hecho. Ya no hay enemigos que combatir.

Marchemos al altar, esposa mia,
y aunque alli se repita la pelea,
pendiente de mis hombros todavia
mi formidable acero centellea:
si cualquier perillan nos cencerrea,
tuyo el triunfo será, la gloria mia. (*Vanse.*)

Calabozo debajo del palacio de Celestina.

ESCENA XIII.

TERESA.

Por mas que tiento y que miro,
la escapatoria no encuentro;
me encerraron aqui dentro
como al leon del retiro.
Terribles son los enojos
de una enamorada vieja:
bien lo dice tanta reja,
tantas llaves y cerrojos.
Algun consuelo tener
pudiera el pecho afligido,
si es cierto que nunca ha sido
bien guardada una muger.
Mas un recuerdo fatal
todo mi aliento acobarda;
no es un hombre quien me guarda,
es mi celosa rival.
No doy por la vida mia
ni el valor de dos garbanzos,
si el bárbaro de Mastranzos
no da fin de aquella harpía.
¡Fiero destino! ¿por qué
con tal rigor se me trata?
¿Es porque siendo beata,
de un hombre me enamoré?
Pero si hoy el beaterio
es aliciente de amor,
y nos casamos mejor
en oliendo á monasterio,
¿en qué, cielos, delinquí
con entrar en esta moda,
para que traiga mi boda
tantos males sobre mí?
Si acaso se me condena

por ser poeta mi amado,
si es el quererle pecado,
en él mismo va la pena.
Pero en vano de cruel
al cielo mi labio acusa;
quien de su poder abusa
para oprimirme, no es él.
No encendiera su furor
mi pasion pura y constante,
por ser tan leal amante,
mas merezco su favor.
¡Ay! quien aqui me confina
no entiende de *ego-te-absolvos*;
mi delito son los polvos
de la madre Celestina.

ESCENA XIV.

NICODEMUS.—TERESA. CIGARRON, *dentro.*

Nicod. (*Dentro.*)
Que no veo.
Cigar. (*Dentro.*) Se tropieza.
Teresa. ¿Qué es lo que oigo?
Cigar. (*Dentro.*) Adentro, y listo.
Nicod. (*Dentro.*)
Cigarron, por Jesu Cristo,
que se me anda la cabeza,
que el cuerpo se desencola.
(*Cruza Nicodemus el teatro corriendo, dándole vueltas la cabeza, y con el cuerpo como á medio pegar.*)
Teresa. Es mi bendito cuñado.
¡Pobrecillo! le han trocado
la cabeza en perinola.
(*Vuelve á salir Nicodemus.*)
Nicod. Ya parece que paró.
¡Huy! ¡qué vislumbres veia!
¿Será esta cabeza mia?
estoy por decir que no.
Teresa. ¿Qué os pasa, querido hermano?
Nicod. Teresa, ¿tú aqui sujeta?

¿quién te recluye? ¿el poeta?
Dios me venga por su mano.

Teresa. No señor, quien nos abisma
no es el pobre Verdolaga;
es vuestra amiga la maga.

Nicod. ¿Quién? ¿Celestina?

Teresa. La misma.

Nicod. No mienta la hipocritona.
Yo de su amistad arguyo
que debo al socorro suyo
la unidad de mi persona.
Ese infame Esparavan,
ese maldito de Dios,
hoy me ha rebanado en dos,
cual si fuera mazapan,
y con un teje-maneje,
que no entiendo cómo fue,
vueltas han hecho que dé
mi cabeza sobre un eje.

Teresa. Jurara que os ha salvado
nuestra oculta protectora.
¿Sabeis quién es la señora
de este alcazar encantado?
Pues es Celestina, que hoy
con don Junipero casa.

Nicod. Esto ya de broma pasa.
Tú estás loca.

Teresa. No lo estoy.

Nicod. ¡Ah! ya lo entiendo, sagaz
en mil dudas me sumerges
para que me quede asperges,
y calle y te deje en paz.
No lograrás la intencion.
Oye, beata embustera,
mis quejas, y por contera
la mas gorda maldicion.
Por tu loca liviandad,
que merece mil azotes,
olvidado de mis botes,
afrento la facultad.
Ya no hay poder en Madrid
que enfrene á su vecindario,

faltando alli el boticario
á quien teme mas que al Cid.
Ya el médico mas severo
sufre de la plebe zumbas,
y se apolillan las tumbas,
y huelga el sepulturero,
y encima del atahud
que ya ni al enfermo espanta,
blasfemando se levanta
carrilluda la salud.
Plegue al cielo, si te pilla
la mano el poeta chirle,
que nadie llegue á pedirle
ni una triste redondilla.
Si tuviese algun momento
de feliz inspiracion
encájese de rondon
un idiota en su aposento;
atúrdale con su charla,
y la idea se le vuele,
y despues aunque se pele,
no consiga recobrarla.
Rabioso él como una hiena,
vayas á calmarle tú,
y envíete á Belcebú,
y ande la marimorena.
Si acaso algun comedion
que hacer por encargo tiene,
contribuyan á que truene
desempeño y ocasion.
Cuanto llegue á componer,
el censor se lo prohiba,
y aunque libelos escriba,
no logre hacerlos correr.
Y si aun padeciendo asi,
sois de tan pícara estampa,
que no se lleva la trampa
á tu marido y á tí,
conspiren á vuestra ruina
síncopes, cólicos volvos,
catarros, y en fin, los polvos
de la madre Celestina.

Teresa. Con discurso tan estraño,
aunque muy de vuestro filis,
habeis echado la bilis
que os estaba haciendo daño.
Me hubiera asustado al pronto;
pero me queda el consuelo
de que no hace caso el cielo
de una maldicion de tonto.
Y al cabo en esta mansion
tan enojosa y desierta,
el tener una reyerta
proporciona distraccion.
Pero es muy particular
que vuestro labio me afrente,
cuando vos únicamente
de vos os podeis quejar.
No á tontas y locas hablo,
porque viene todo el mal
de vuestra aficion al tal
don Junipero ó don diablo.

Nicod. Habla con modo mejor
de tu futuro y de mí.

Teresa. ¿Si querrá asustarme aqui
un cuñado?

Nicod. Soy tutor.
Si mi poder desconoces...

Teresa. Lo perdió vuesa mercé.

Nicod. Pues yo lo recobraré
á bofetadas y á coces.

Teresa. Arrogante moro estás.

Nicod. Toda la arrogancia es mia.

Teresa. Se verá en la vicaria.

Nicod. En ella me lo dirás.

Teresa. Novio tengo.

Nicod. Rico soy,
y desprecio á un monigote.

Teresa. ¡Ay si te pido mi dote!

Nicod. ¡Ay si las cuentas te doy!

ESCENA XV.

CIGARRON. NICODEMUS. TERESA.

Cigar. Señores, sin replicar,
á un tiempo habeis de partir:
por alli vos á reir,
por aqui vos á rabiar. (*Vanse.*)

Gabinete de carácter gótico y construido con mármoles de color oscuro: una alcoba en el fondo.

ESCENA XVI.

D. JUNÍPERO. CELESTINA. DAMAS *y* CABALLEROS.

Jun. Vaya, ¿con que era tan tarde?
¿Quién lo hubiera imaginado?—
Os estoy muy obligado.
(*Al acompañamiento.*)
Caball. Buenas noches.
Jun. Dios os guarde.
(*Vanse las damas y los caballeros.*)
Celestin. ¿No os causabais de banquete,
y de bulla y confusion?
Jun. Perdonad: si la funcion
ha durado un periquete.
Ó será que la alegria
hizo minutos las horas.
Celestin. Muy galan con las señoras
anduvisteis.
Jun. Cual debia.
Celestin. Pero para mí, ni aun
tuvisteis una mirada.
Jun. Dicen luego que es monada
propia de gente comun.
Celestin. ¿Qué mirais?
Jun. Este habitáculo,

que por triste y melancólico,
parece algo antisimbólico
para nupcial receptáculo.

Celestin. Su luto característico
trocaré en gala magnífica;
pero en esta hora específica
sed por Dios menos artístico.
Aqui de contento justo
mi corazon desfallece.

Jun. Pues ¿y el mio? Si parece
que me muero...

Celestin. ¿Eh?

Jun. Pues, de gusto.

Celestin. Vuestro tono es tan glacial...

Jun. Nace del respeto inmenso
que me inspirais.

Celestin. Yo dispenso...

Jun. ¿Qué?

Celestin. Todo ceremonial.

Jun. (*Aparte.* Llegó el tremebundo plazo.)
Sois tan buena...

Celestin. Que permito...

Jun. ¿Que me retire solito?

Celestin. ¡Eh! que me deis un abrazo.

Jun. Vuestro pudor me acobarda,
y me convierte en un hielo.

Celestin. ¡Si supieras, picaruelo,
la fortuna que te aguarda!

Jun. Es tanta que no resisto
su peso que me derrienga.

Celestin. Esposo, abrazo y no arenga.

Jun. (*Aparte.*) Cierro los ojos y envisto.
¡Huf!

Celestin. ¡Ay!

(*Don Junipero, aunque con repugnancia, abraza á Celestina, y al momento desaparecen las canas, arrugas y deformidad de esta, (lo mismo que su vestido, rico pero estravagante) quedando joven, hermosa y galana.*)

Jun. ¡Qué veo! Señora...
¿Sois vos mi muger? Yo paso
por el trueque en todo caso,

y abonaré la mejora.
Celestin. Cumplióse la prediccion.
Ya soy joven; sí, lo siento
en mi altivo pensamiento,
en mi ardiente corazon.
Y hermosa debo de ser,
tan hermosa como fuí.
Jun. Treinta años há que nací;
mal os puedo responder;
pero aun sin saber yo nada
de vuestra edicion primera,
me parece la postrera
corregida y aumentada.
Celestin. Quiero mirarme. Un espejo.
Jun. Tomad, tomad.
Celestin. ¡Oh ventura!
volvió á mi tez la frescura:
ya el arrugado entrecejo
no marca la frente mia,
ni hay canas en mi cabeza;
mi pie cobró ligereza,
mi talle su gallardía.
Respondedme, ¿no es verdad
que soy bella?
Jun. Como el sol,
y fresca como un perol
de cuajada en Navidad.
Celestin. ¿No es cierto que no sentis
ahora ser mi marido?
Jun. Siento el haberlo sentido:
he sido un chisgaravís.
Yo daré satisfaccion,
aunque no la reclameis.
Celestin. ¿No es cierto que no valeis
para mí...?
Jun. Ni un cañamon.
Celestin. ¿Y qué menos debo echar
al amante de Teresa?
Jun. Cuestion personal es esa;
yo me abstengo de votar.
Celestin. Pero, hijo, si os hizo Dios
tan idiota que eso espanta.

Jun. Siendo vuestra ciencia tanta,
desidiotizadme vos.
Celestin. Es que entonces mi poder
aventuro.
Jun. Pues, amigo...
Hay que apechugar conmigo
que al cabo sois mi muger.
Celestin. No, no, mi felicidad
es primero: una porcion
os daré de discrecion
y dos de docilidad.
¡Hola!
(*Sale del suelo un veladorcito con una copa.*)
Jun. ¿Con que me quereis
mansito como una malva?
Celestin. Venid. Os haré la salva,
para que no receleis.
(*Toma la copa, bebe, y se la da luego á don Junipero.*)
Jun. ¡Qué maneras tan galantes!
Celestin. Bebed.
Jun. (*Bebe.*) Bebí.
Celestin. (*Aparte.*) ¿Qué será?
Su fisonomía está
tan estúpida como antes.
(*Suenan dentro voces que cantan al son de música funeraria.*)
Una voz. De mal de tontería
muere la enferma.
Muchas. El que tenga enemigos,
que no se duerma.
Celestin. (*Aparte.*) ¿Si habrá mi poder cesado?
Jun. ¿Quién trajo á mi casa curas?
(*Apáganse las luces del cuarto, húndese la mesita.*)
¡Calla! nos dejan á oscuras,
sin habernos acostado.

ESCENA XVII.

PENITENTES *enmascarados que salen en dos filas por los dos costados del teatro cantando, y con hachas encendidas.*—D. JUNÍPERO. CELESTINA.

Un penit. Un capricho imprudente

todo lo arruina.

Todos. Ya no valen los polvos
á Celestina.

Jun. (*Cantando.*) ¿Qué demonios me dicen
estos que cantan?

Penit. Que se quedó tu novia
per istam sanctam.

Celestin. Me perdí. La ira me abrasa.

Jun. Pero oyes, estos sayones
¿á qué nos vienen con sones?
¿Dónde estamos?

ESCENA XVIII.

LA LOCURA. SOLDADOS ARMADOS.—DICHOS.

Locura. En mi casa.

Celestin. ¡Qué miro! ¿y me ha de vencer
una rival como aquella?
Pero ¡ay! ¿á quien no atropella
la Locura con poder?

Locura. Mágica combinacion
te volvió la mocedad;
pero tambien esa edad
te trajo la imprevision.
Abriste al amor tu seno,
discreto esposo quisiste,
le diste á beber, bebiste,
y habeis bebido un veneno.
De mi alcazar los primores
abrasó el enojo tuyo;
yo tu tálamo destruyo:
funcion por funcion, señores.
Tal fin reserva la suerte
á la ambicion criminal.
Mirad el lecho nupcial
trocado en mansion de muerte.

(*Trasparéntase la alcoba, y se ve en ella un cementerio.*)

Celestin. y Jun. ¡Piedad¡

Locura. En vano es pedir
lo que es inútil que ordene:

vuestro tósigo no tiene
mas remedio que morir.
(*Vase, y síguenla los penitentes y soldados.*)

ESCENA XIX.

CELESTINA. D. JUNÍPERO.

Jun. Moriré; pero protesto
para el dia de mañana
que muero... de mala gana.
Celestin. ¡Qué destino tan funesto!
Jun. Dame en tus brazos lugar
mientras mi aliento se trunca.—
Como no me he muerto nunca,
no sé por donde empezar.
Siento á pesar del dolor
que el duodeno me destroza,
que asido á una buena moza
se muere un poco mejor.
Ya la vista se me va,
ya descubro mil visiones...
figurillas... figurones...
¡ay! ¡ay! ¡ay!
Carcajada estrepitosa dentro. ¡Aja-jajá!

Vergel magnífico de la Locura á la orilla del mar: sale el Sol é ilumina la escena.

ESCENA XX.

LA LOCURA, *en un solio*, NICODEMUS, *haciendo que se den las manos* GARCIA *y* TERESA.—DICHOS.

Celestin. y Jun. ¿Qué es esto?
Locura. Que aunque traviesa,
os tengo ya compasion,
y os doy vida en atencion,
al enlace de Teresa.

Su tutor rencores vanos
como yo del pecho lanza,
presenciad con él la danza
que os van á dar mis enanos.
Pero tú, ten entendido,
Celestina, que de hoy mas
únicamente podrás
hechizar á tu marido.

Jun. Pregunto, cara de rosa,
y esta chica en adelante
¿se queda bruja cesante
sin sueldo?

Locura. No, poderosa.

Jun. Pues con oro siempre á mano,
bien que sin polvos quedemos,
nosotros hechizaremos
á todo el género humano.

(Sale una comparsa de enanos que ejecutan un baile.)

FIN DE LA COMEDIA.

Esta interesante Galería comprende hasta el dia 250 comedias, cuyos autores son:

D. Manuel Breton de los Herreros.
D. Antonio Gil y Zárate.
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
D. Antonio García Gutierrez.
D. Mariano José de Larra.
D. Ventura de la Vega.
D. Angel Saavedra (duque de Rivas).
D. José Zorrilla.
D. Miguel Agustin Príncipe.
D. Patricio de la Escosura.
D. Eugenio Ochoa.
D. Francisco Martinez de la Rosa.
D. Manuel Eduardo de Gorostiza.
D. Mariano Roca de Togores.
D. José de Castro y Orozco.
D. José García de Villalta.
D. Isidoro Gil.
D. José de Espronceda.
D. Tomas Rodriguez Rubí.
D. Eugenio de Tapia.

Las traducciones comprendidas en ella son las que deben representarse en casi todos los teatros, mediante estar contratados sus empresarios con el Editor para este efecto; y las que en lo sucesivo se publiquen en la espresada Galería serán las que se consideren de mucho interes para la escena española.

Se dan Catálogos á los sugetos que quieran adquirirlos en todas las librerías donde se halla la espresada Galería.



PUNTOS DE VENTA

En Madrid, librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martín, D. Fernando Fe; y en Provincias, en las principales.

Los pedidos por mayor á casa del Editor, Plaza de la Independencia, 9, primero.

Madrid.—Estab. tipográfico de los Sucesores de Cuesta, Cava-alta, 5